AS ANDANZAS DE CLORINDA

C 26

O LOS GALANES Y EL TIO

OMEDIA EN TRES ACTOS DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

LAS ANDANZAS DE CLORINDA

O

LOS GALANES Y EL TIO

COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS, EN VERSO, ESCRITA AL ESTILO DE LAS DEL TEATRO DEL SIGLO XVII, POR

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Estrenada en el teatro Goya de Barcelona, en la noche del 23 de Enero de 1923

BARCELONA
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES
1923

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

A

CARMITA OLIVER COBEÑA,

realidad brillantísima a la vez que esperanza gloriosa del verdadero arte dramático español, dedica esta comedia, representada por ella de un modo perfecto, su amigo

Juan Antonio Cavestany

609035

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lasandanzasdeclo1145cave

PREFACIO

Por ser el tiempo fuente perpetua de mudanzas, y no gustar hoy lo que privaba ayer, así en modas de vestir como en todo lo demás, no había de constituir excepción el Teatro, donde el escribirse en verso las obras representables ha caído en desuso, de tal manera que, siendo contadísimas antaño las escritas en prosa, hoy el verso está casi enteramente desterrado de nuestra escena.

Para comenzar esta proscripción se inventaron algunos pretextos por críticos, autores y comediantes: se dijo, entre otras cosas, que, habiendo de ser la comedia fiel imitación de la realidad de la vida, grande impropiedad es hablar en verso los personajes, siendo así que en el trato social nadie habla sino en prosa; y como escribir y declamar en mediana prosa fué y será siempre más fácil que escribir y declamar en buenas redondillas, décimas y romances, todos, incontinenti, pudieron ser autores y actores, y creció tan considerablemente como vemos el número de los unos y de los otros. La *ley del menor esfuerzo* hizo de las suyas en esto como en todo, y quienes no sabrían escribir unas malas coplas andan haciendo muy de personas en

saloncillos y escenarios, y quienes no habrían servido ni para descalzar a Julián Romea o a Rafael Calvo, se arremeten a comediantes portentosos, porque dicen con entono en las tablas las mismas vulgaridades que dicen sin él en la terraza del casino o en la tertulia familiar.

Deplora todo esto el Arte, lo uno porque, a consecuencia del nuevo uso, la producción literaria teatral ha crecido mucho más en cantidad que en verdadero mérito, y lo otro, por el gran menoscabo que sufre la afición a la forma poética, que, ya muerta y sepultada desde ha muchos días en cuanto a lo épico, queda reducida, por su casi total destierro de lo dramático, a lo meramente lírico. Así, y como por la invención de las máquinas dactilográficas (muy plausible sin duda) parece acercarse el día en que casi nadie sabrá escribir de su mano, también, por el triunfo escénico de la prosa (y aun muchas veces de la mala prosa), pocos autores dramáticos hay que sepan componer en verso, y pronto llegará día, si ya no está llegando, en que no se halle, ni por un dedo de la mano, un comediante que sepa recitar medianamente cuatro décimas.

A la verdad, causa el pensarlo mucha lástima; porque ¡ganó tan bien ganada gloria, dentro y fuera de España, nuestra comedia nacional! Y ¡era además tan linda, tan hechicera, tan avasalladora de aquellas cultas muchedumbres, que sabían entender los complicados y sutiles discreteos de las damas y los galanes de Lope, Tirso, Calderón y de los otros mil feli-

císimos ingenios del siglo de oro de nuestra escena...!

Si autores y empresas volviesen un poco sobre sus pasos, ¿no acogería bien nuestro público la frecuente reaparición del gusto y la manera netamente españoles? Adaptados discretamente, ¿no favorecerían al par la educación artística de las nuevas generaciones de comediantes, que, por no practicar, o practicar poquísimo, la declamación poética, la tienen punto menos que olvidada, o, lo que es aún peor, no aprendida?

A estos laudables fines tienden generosamente algunos espíritus selectos, y muy en especial D. Juan Antonio Cavestany, mi querido amigo desde la adolescencia. Él, con su reciente comedia intitulada LAS ANDANZAS DE CLORINDA, O LOS GALANES Y EL TÍO, en que todo, desde su título, huele y sabe al mejor tiempo de nuestra escena, se propone abrir camino a este noble y patriótico intento, y a fe que con auspicios inmejorables, porque su obra, que es un primor de invención, de enredo y de forma, ha cautivado la atención del público en cuantas ciudades se ha representado hasta ahora: Valencia, Alicante, Melilla, Murcia, San Sebastián, Pamplona, Cartagena, Zaragoza, han respondido a maravilla a las esperanzas del autor y el aplauso unánime de los espectadores premia debidamente aquí y allá y en todas partes el mérito de aquellos cuadros del acto primero, donde se evoca con extraordinaria gallardía la vida picaresca sevillana del tiempo de Cervan-

tes, y aquella acción que, llena de interés, y siempre avalorada por el gentil gracejo del buen veduño nacional, camina suelta y naturalmente a su desenlace, deleitando sin intermitencias al espectador, que, cuando no ríe, sonríe, señal de aún más fino deleite que el que provoca a risa.

No, no está muerta, sino aletargada, la afición de nuestras muchedumbres al antiguo teatro nacional. Dícelo el caluroso aplauso con que recibe, siempre que se las ofrecen, las obras de aquel antaño glorioso. Y dícelo ahora, en estos días, la acogida ruidosa y entusiástica que obtiene la nueva comedia del señor Cavestany. Resueltamente, aún puede afirmarse de nuestro público que, si en ocasiones—en muchas ocasiones, por desgracia—deja que le alimenten el gusto con obras que ni de vista son conocidas de la Moral ni del Arte, en cambio, hoy, como ayer y en todo tiempo,

«Siempre que le dan grano, come grano.»

Siga el señor Cavestany en su loable propósito, y esté seguro de que, cuando menos, nunca habrá de faltarle el aplauso de los verdaderos enamorados del arte clásico español.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

REPARTO

Clorinda.	Carmita Oliver Cobeña.
Isidora.	Pura F. Villegas.
La Cortejada.	Manolita Ruiz.
La Cariluenga.	Isabel Roldán.
Don Justo.	Francisco López Silva.
Belisario.	Roberto Samsó.
Negrete.	José Lucio.
Lisardo.	Juan Orduña.
Don Tristán.	T. García-Tomé.
Floridor.	Luís de Sola.
Brazoduro.	Víctor Codina.
Blasillo.	Adela Santaularia.
Un estudiante.	Luís Soriano.
Un viejo.	Francisco Chávarri
Un arriero.	José Lirio.
Un corchete.	José Homs.

La accion en Sevilla, siglo XVII

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

El paseo del Arenal de Sevilla, hacia fines del siglo XVII. Bancos de piedra y puestos de agua, bajo toldos de lona. Mucho sol.

ESCENA I

LA CORTEJADA.—BRAZODURO

Durante el desarrollo de este acto no están en escena únicamente los personajes que hablan, sino otros muchos, hombres, mujeres y niños, que entran, salen y conversan entre sí, dando carácter y animación al cuadro.

BRAZODURO, *que entra, al levantarse el telón, detrás de La Cortejada*

¿Por qué huís, dama hermosa?
Es de mal corazón ser desdeñosa,
aunque pregone el traje
la alteza del blasón y del linaje.

CORTEJADA

No lo desprecie tanto,
que duquesas se ven con medio manto.

BRAZODURO

¿Lo sois vos, ninfa amable?

CORTEJADA

¿Y el que pregunta es duque o condestable?

BRAZODURO

Es quien amarla anhela.

CORTEJADA

¿Con escudos de sobra en la escarcela?

BRAZODURO

Con un hierro valiente
que da para ganarlos fácilmente.

CORTEJADA

Conozco a cien iguales.
Poca chanfaina y... muchos cardenales.

BRAZODURO

¡Vive Dios que se infama
quien osa poner mano en una dama!

CORTEJADA

¿Vos no lo hacéis?

BRAZODURO

Lo juro.
Tiene fama de dulce Brazoduro.

CORTEJADA

¿Os llaman de ese modo?

BRAZODURO

Y este es el brazo, origen del apodo.

Le ofrece el brazo, en que ella se apoya.

CORTEJADA

Pues lo acepto y os sigo.

BRAZODURO

No pudisteis hallar mejor amigo.

Al irse, contoneándose y mirando amorosamente a La Cortejada.

¡Feliz quien de tu mano
se deja acariciar, sol sevillano,
y a tu calor pasea
con la imagen de Venus Citerea!

Vanse.

ESCENA II

BLASILLO.—UN VIEJO

Blasillo, muchacho de doce o trece años, lleva en la mano una espuerta con las cosas que indica el diálogo.

VIEJO

Ojo con la esportilla,
que hay muchos ladronzuelos en Sevilla.

BLASILLO

Ya voy yo bien alerta:
vuesa merced no tema por la espuerta,
y eso que es un tesoro.

VIEJO

¡Para el banquete de mis bodas de oro!
Llevo mil cosas finas:
pollos, torreznos, salchichón, sardinas...

BLASILLO

Ya tendréis convidados...

VIEJO

Un canónigo y dos beneficiados.

BLASILLO

¿Y a mí por el servicio?...

VIEJO

Tampoco ha de faltarte beneficio.
¡Seis cuartos de propina!

BLASILLO

Os vais a arruinar. ¡Jesús, qué mina!...

Mirando hacia el interior.

Pero esperad...

VIEJO

¿Qué pasa?

BLASILLO

Que llaman a voacé de aquella casa.

Blasillo se la señala. El viejo se pone las manos sobre los ojos para ver mejor, sin conseguirlo.

VIEJO

¿A mí?

BLASILLO

No cabe duda:
mirad, mirad...

VIEJO

La vista no me ayuda.

BLASILLO

Pues que es a vos os digo.

VIEJO

No sé quién podrá ser...

BLASILLO

Algún amigo.
Id a ver.

VIEJO

Voy ligero.
Espérame un instante.

BLASILLO

Aquí os espero.

Viéndole irse y burlándose.

Corre, viejo cegato;
no dejes de volver... y aguarda un rato.
Cuando un festín prepares,
búscame a que te lleve los manjares,
que yo, limpias de espinas,
sabré hacer amistad con tus sardinas.

La gula te ha cegado...
Yo libro a tu conciencia del pecado.
Adiós. ¡Vaya una mesa
que voy a prepararle a la Ginesa!

Vase corriendo.

ESCENA III

UN ESTUDIANTE.—UN ARRIERO

ARRIERO

Os digo que no espero.

ESTUDIANTE

¡Siquiera hasta mañana, seor arriero!

ARRIERO

Comprenda el estudiante
que tres días perdidos son bastante,
y es larga la carrera
que de aquí a Salamanca nos espera.

ESTUDIANTE

En Sevilla gozamos...

ARRIERO

¿Y acaso es a gozar a lo que vamos?
Otros son nuestros fines:
yo mis serones, vos vuestros latines.

ESTUDIANTE

Por eso voy despacio.
En el idioma del divino Horacio
no seré nunca diestro,
según dice Fray Luis, que es mi maestro.

ARRIERO

¿Y acertará el profeta?

ESTUDIANTE

Es un viejo leonés, fraile y poeta.

ARRIERO

Pues no hagáis que os aguarde.

ESTUDIANTE

¿Os empeñáis?...

ARRIERO

Partimos esta tarde.

ESTUDIANTE

¡Ay, me hundís la cuchilla!...

ARRIERO

¿Soñabais con quedaros en Sevilla?

ESTUDIANTE

¿Os sorprende mi anhelo?
¿Quién no ha soñado nunca con el Cielo?
¡Adiós, Sevilla amada,
que eres... no sé si pueblo o carcajada;
blanca ciudad hermosa
que talló el Hacedor en nieve y rosa,
y en cuyo seno un día
se desposó el Amor con la Alegría!...
¡Adiós, oh sol de fuego;
adiós, pendencias, aventuras, juego,
cantares, desafíos,
y hampones y princesas y amoríos!...
¡Adiós!...

ARRIERO

¡Qué jeremiada!
La recua nos espera, ya cargada.

ESTUDIANTE

Dejad que me despida.

ARRIERO

¡Hacedlo de una vez, por vuestra vida!...
Si a ese paso lo toma...

ESTUDIANTE

¡Adiós, Hispalis de la antigua Roma,
la del cielo esplendente,

emporio del placer, del goce fuente,
de las delicias nido!...
¡Pensar que pronto quien dichoso ha sido
con tu sol por corona,
a lomos de una mula matalona
y un gran serón al anca,
entrará compungido en Salamanca!...

Vanse.

ESCENA IV

LISARDO.—DON TRISTÁN

DON TRISTÁN

No te resistas, Lisardo,
y ríndete a mis razones:
eres el solo heredero
de mi estirpe y de mi nombre,
y es necesario, hijo mío,
que una y otro se prolonguen.

LISARDO

Para mí vuestros deseos
más que deseos son órdenes,
padre y señor.

DON TRISTÁN

Eso dices,
pero mal se te conoce.
No buscas...

LISARDO

Buscar esposa
pide graves reflexiones;
no es comprarse unos gregüescos
que se zurzen si se rompen.
Quiero pensarlo con calma.

DON TRISTÁN

No tan despacio lo tomes,
que lo que se piensa mucho
sale mal diez veces de once.
Hay doncellas recatadas,
hermosas, discretas, nobles...

LISARDO

También las hay presumidas,
envidiosas, falsas, zotes...

DON TRISTÁN

Búscalas en los lugares
en que la virtud se impone;
en los templos y novenas,
en las visitas de pobres:
no las busques en corrales,
mentideros y figones.

LISARDO

Eso haré, si así os complazco.

DON TRISTÁN

Piensa que los años corren,
y que mis postreros días,
a falta de otros amores,
piden el de un nietecillo
cuyos juegos me remocen.

LISARDO

Os juro desde mañana...

DON TRISTÁN

¡Mañana!... ¿Ya te dispones
a faltar a lo que ofreces?

LISARDO

¿Podéis juzgarme tan doble?

DON TRISTÁN

Mañana y nunca es lo mismo.

LISARDO

¿Qué he de deciros entonces?

DON TRISTÁN

Desde ahora, desde este instante.

LISARDO

Pues os lo digo.

DON TRISTÁN

Conforme.
Prosigamos paseando.
Tal vez aquí se nos logre
nuestro deseo y hallemos
a la que tu amor corone.

LISARDO

¿En el Arenal?

DON TRISTÁN

¡Quién sabe!

LISARDO

Por estos alrededores
sólo se encuentran doncellas...
a quienes calumnia el nombre;
princesas de medio manto
entre su brillante corte
de brujas, espadachines,
mercaderes y avispones.

DON TRISTÁN

No, no, que también se encuentran
damas de gallardo porte
con escolta cortesana
de lucidos ricoshombres.
Yo vengo todos los días
y no hay uno en que no tope

con alguna. Las hay rubias,
de ojos claros, soñadores;
morenas cuyas pupilas
son negras como la noche...
Las hay de pies diminutos
y de pestañas enormes;
las hay de ligeros talles....

LISARDO, *sonriendo*

¡Qué prolijas descripciones!
Luego diréis que sois viejo.

DON TRISTÁN

De los ojos ¿quién no es joven?

Siguen paseando y desaparecen.

ESCENA V

BELISARIO.—FLORIDOR

FLORIDOR, *viéndoles desaparecer*

¿No es aquél Lisardo?

BELISARIO

El mismo.
Hoy va con su padre el pobre.

FLORIDOR

¿Pobre has dicho?... Si nos diera
la mitad de sus doblones...

BELISARIO

No aludo a su patrimonio,
que Dios aumente y mejore,
sino al sermón que de fijo
va oyendo o haciendo que oye.

FLORIDOR

¿Insiste el viejo en casarle?

BELISARIO

Con tenacidad de bronce.

FLORIDOR

Me explico que el buen Lisardo
le tema más que a un estoque,
pues para un mancebo rico,
joven, lindo, alegre, indócil,
someterse a la coyunda
equivale a hacerse monje.

BELISARIO

¡Y en Sevilla, donde el oro
puede comprar tantos goces!...
Si fuera yo, que no tengo
más que esta espada por dote...

FLORIDOR

Peor es ser licenciado.

BELISARIO

¡Ah, no! *Cedam arma togue.*

FLORIDOR

¿Sabes latín?

BELISARIO

Sé que quiero,
por si este hierro se rompe,
hallar pronto esposa rica
que mi blasón limpie y dore.

FLORIDOR

Y yo también, que las leyes
dan para poco jigote,
si sobre la austera Palas
no vierte Ceres sus dones.

BELISARIO

Pues ¡a buscarlas!

FLORIDOR

Y en tanto
que hallamos a esos dos soles
que nos quemen en su fuego...

BELISARIO, *terminando la frase*

De astros de menos fulgores
busquemos los tibios rayos.

FLORIDOR

Eso es. Busquemos a Clori.

BELISARIO

Y a Inés.

FLORIDOR

¿Dónde las buscamos?

BELISARIO

Viendo entrar los galeones
deben estar en el río.

FLORIDOR

Pues vamos... Si sus favores
ellas nos negaran, otras
habrá que nos los otorguen.
En Sevilla, a cada paso
se hallan Circes a montones.

BELISARIO

Es que en Sevilla ama todo,
no solamente los hombres,
sino las cosas, el aire,
la tierra, el cielo, las flores...

FLORIDOR

Pues vamos tras esas Circes
que junto al Betis se esconden.

BELISARIO

Señor licenciado, andando.

FLORIDOR

Señor capitán, al trote.

Siguen su paseo y se van

ESCENA VI

DON JUSTO.—ISIDORA Y NEGRETE

Don Justo es un hidalgo, que no representa los cincuenta años que va a cumplir; de buen parecer, distinguido y simpático, a pesar de su genio vivo y algo áspero. Isidora es una dueña y Negrete un criado viejo.

ISIDORA, *que entra, siguiendo a Don Justo*

Oiga usarced...

DON JUSTO

¡No oigo nada!

ISIDORA

Señor, ved que estoy en vilo.

DON JUSTO

¿Ni tomar el sol tranquilo
me dejas, dueña endiablada?

ISIDORA

Es preciso...

DON JUSTO

¡Eres tenaz!

ISIDORA

que digáis lo que he de hacer.

DON JUSTO

Te lo dije todo ayer:
haz lo que quieras y en paz.
¿No es bastante?

ISIDORA

Eso es ahora;
luego mudáis de opiniones
y llueven las maldiciones
sobre la pobre Isidora.
Y a fe que si se dispara
voacé...

DON JUSTO

Discursos no quiero.
Vete.

ISIDORA

Decidme primero
qué cuarto se le prepara.
¿El que ocupó el intendente?
¿El saloncito encarnado?...

DON JUSTO

Cualquiera... ¡que tenga al lado
una mina que reviente!

ISIDORA

¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Una mina!...
¿Quién a un huésped recibió
nunca así?

DON JUSTO, *furioso*

¿Qué me hago yo
con semejante sobrina?
Mi hermano—cosas de viejo—
me dice: «Ahí va eso a tu lado»...

ISIDORA

Y vos estáis obligado...

DON JUSTO, *con ira*

¿Vienes a darme consejo?
¿Piensas que voy a aguantar?...

ISIDORA, *asustada*

No, no.

DON JUSTO

¡Tendría que ver!

ISIDORA

Vengo tan sólo a saber
el cuarto que ha de ocupar;
porque, si al llegar aquí,
no halla bien la habitación,
formará mala opinión
de vuesarced y de mí.

DON JUSTO

No ha de producirle asombro
si la halla mal, como infieres...
En casa que no hay mujeres
todo está manga por hombro.

ISIDORA

Vuesa merced me desdeña.
¿Es que no soy mujer yo,
acaso?

DON JUSTO

¡Claro que no!

ISIDORA

Decid qué soy.

DON JUSTO

Una dueña.
Por serlo estás a mi lado.

ISIDORA

¿Y una dueña no es mujer?...
¿Pues qué es entonces?

DON JUSTO

Un ser...
sin sexo determinado.

ISIDORA

¡Don Justo!

DON JUSTO

Cuestión de nombre.
Tú estás sin clasificar:
eres mujer y hombre al par,
sin ser mujer ni ser hombre.

ISIDORA

Sois atroz...

DON JUSTO

Yo era dichoso
contigo, vieja maldita...
¡y viene esta sobrinita
a perturbar mi reposo!
Es sin duda Lucifer
quien a su padre ha inspirado...
¡Una mujer a mi lado!
¡En mi casa una mujer!...
Contra ese espejuelo alerta,
por no cegar con su brillo,
hasta hoy jamás un tontillo
rozó el umbral de mi puerta;
y cuando feliz vivía
se presenta esa mocosa...
¡Adiós, libertad hermosa!
¡Adiós, dulce soltería!...
Ya tengo en casa a un tirano,
enemigo de mi bien...
Mil veces malhaya, amén,
la ocurrencia de mi hermano.

ISIDORA

Reprimid la indignación.
Usarced—sin burlas hablo—
quiere fingir que es un diablo
y no es más que un angelón.

DON JUSTO

¿Eh?... ¿Qué?

ISIDORA

Todo eso es pamplina.
Si su afecto en vos arraiga,
puede que pronto se os caiga
la baba con la sobrina.

DON JUSTO, *indignado*

¿Qué osas decir?

ISIDORA

No es dislate.

DON JUSTO

¡Negrete!... *Llamándole.*

ISIDORA

Aunque rabie y ruja...

DON JUSTO

¡Llévate pronto a esa bruja
si no quieres que la mate!
Tú eres un criado fiel.

NEGRETE

Ven, Isidora.

DON JUSTO

Sí; vete.

ISIDORA

¡Bueno está el pobre Negrete
con lo que hicisteis con él!

DON JUSTO

¿Eh?

NEGRETE, *a Isidora*

¡Calla!

ISIDORA

No se concibe
que tal burla en serio tome,
pero el infeliz no come,
no duerme apenas, no vive...

DON JUSTO

¿Y yo de tal malestar
soy causa?

ISIDORA

Por un capricho
insensato.—Ya me ha dicho
lo que le hicisteis jurar.

DON JUSTO, *recordando*

¡Ah! Sí, sí. Y está hecho el pacto.
Si sabe que alguna vez

pienso en casarme—¡pardiez!—
me pega un tiro en el acto.

NEGRETE, *con tono lacrimoso*

Tiene razón Isidora:
mi existencia es un tormento
desde que hice el juramento
que exigisteis en mal hora.

DON JUSTO

Que me pruebes tu heroísmo
no he de exigirte; confía:
es sólo una garantía
que tomo contra mí mismo.
Yo nunca me casaré:
soy cuerdo; a Dios no provoco...

NEGRETE

¿Pero si os volvieseis loco?...

DON JUSTO

¡Como no me volveré!

NEGRETE, *insistiendo, con temor*

Pensad que una os compromete:
suponedlo nada más...
¿Qué haré yo entonces?

DON JUSTO, *con energía*

¿Qué harás?
¡Lo que juraste, Negrete!

NEGRETE, *aterrado*

¿Mataros?

DON JUSTO

Sí: lo pactado.
Si eso ocurre...

NEGRETE

¡Yo deliro!...

DON JUSTO, *terminando la frase*

tienes que pegarme un tiro.
¡Un juramento es sagrado!

ISIDORA

¡Qué atrocidad!

NEGRETE

¡Me amenaza
un crimen!...

DON JUSTO

¡Eh! Ya estoy harto.
¡Idos!

ISIDORA

¿Sin decirme el cuarto
que preparo a la rapaza?
De hacerlo bien hay mil modos.

DON JUSTO, *cada vez más enfurecido*

¡Déjame en paz, vieja aleve,
y que el demonio nos lleve
a ella, al cuarto, a mí y a todos!

ISIDORA

¡Por Dios!...

DON JUSTO

No quiero a mi lado
mujeres, ¡por Belcebú!...
Te aguanto a ti porque tú
no eres carne ni pescado;
pero pasa de la raya
que venga la tal sobrina...
Mira, ponla en la cocina,
que tal vez así se vaya.
Y no me preguntes más
si no quieres que desbarre...
¡La escoba... y al aquelarre
en busca de Satanás!
El es quien de tu adhesión
necesita testimonio.

ISIDORA, *a Negrete, al irse*

¡Jesús, sería un demonio...
si no fuese un angelón!

Vanse Isidora y Negrete. Don Justo sigue paseando y se tropieza con Don Tristán, que entra.

ESCENA VII

DON JUSTO.—DON TRISTÁN

DON TRISTÁN

¡Oh, don Justo!... ¡Qué placer!...

DON JUSTO

El mío es al vuestro igual.

DON TRISTÁN

¿Siempre por el Arenal?

DON JUSTO

Siempre, después de comer.
Vivo cerca y esto es sano.
Salud encuentro y recreo
gozando al par del paseo
y del buen sol sevillano.

DON TRISTÁN

Mientras miráis la hermosura
con que al alma mueven guerra
otros soles de la Tierra
rivales del de la altura.

DON JUSTO

No; ya no siento ese afán.
Diez lustros a cumplir voy.

DON TRISTÁN

¿Y qué es eso? Por quien soy
que aún estáis fuerte y galán.
¿Por qué no os casáis? Podéis
hallar mujer todavía...

DON JUSTO

¿Seguís con vuestra manía
de casar a cuantos veis?

DON TRISTÁN

No hay otra felicidad.

DON JUSTO

¿Cómo decís tal locura?

DON TRISTÁN

Lo sostengo: la ventura
consiste...

DON JUSTO, *atajándole*

En la libertad.
Yo salgo cuando me place,
sin que nadie desconfíe;
sin esposa que me espíe
ni suegra que me amenace;
yo no oigo decir jamás,
entre enojos o desdenes,

si vuelvo: «¿de dónde vienes?»
o si voy: «¿adónde vas?»...
De mi casa en los confines
no rebosan como piñas
miriñaques y basquiñas
y moños y faldellines...
Nadie me llama «su amor»
si algo así sacarme infiere,
para, al no hacer lo que quiere,
motejarme de traidor...
Juro cuando estoy molesto,
río si me hacen reír,
y ni al gozar ni al sufrir
me sale al paso un mal gesto.
¿Que quiero conversación?
Pues la busco de mi agrado.
¿Que prefiero estar callado?
Me encierro en mi habitación.
¿Raptos de celos? Ninguno.
¿Reyertas? Ni por asomo.
¿Que quiero comer? Pues como.
¿Que no quiero? Pues ayuno.
Salgo si anhelo salir:
vuelvo si debo volver,
y no hay ruego de mujer
que me lo pueda impedir,
murmurando al lado mío
siempre, según el horario:
«a la comedia»... «al rosario»...
«a la procesión»... «al río»...
Y ahora luchas, luego treguas...
ya súplicas, ya consejos...
No, no; las faldas muy lejos;

de casa ¡ni a veinte leguas!...
Y no es que yo no las ame:
al contrario, don Tristán:
es que me atengo al refrán
de «el buey suelto bien se lame.»

DON TRISTÁN

¡Impenitente soltero!...
Corrija tal vicio Dios.

DON JUSTO

¿Por qué no os corregís vos
del de ser casamentero?

ESCENA VIII

Dichos; un CORCHETE.—BLASILLO *y un* VIEJO. *Después la* CORTEJADA *y* BRAZODURO. *Después* BELISARIO. *Después el* ESTUDIANTE *y la* CARILUENGA. *Después* NEGRETE *y por último el* ARRIERO.

VIEJO, *al Corchete, que trae de una oreja a Blasillo*

Este es el mozalbete;
este es... ¡No le soltéis, señor Corchete!

BLASILLO, *gimoteando*

Juro que yo no he sido;
que es otro a quien le llaman el Polido,
como yo, con más pelo.

CORCHETE

¿Dónde guardas la cesta, ladronzuelo?

VIEJO

Devuelve la esportilla.

CORCHETE

En la trena hablará.

BLASILLO, *suplicante*

¡Señor golilla!...

VIEJO

¡Mis perdices!... ¡Mi lomo!...

BLASILLO

Pero si no fuí yo...

VIEJO

¡Tienes aplomo!

BLASILLO, *rápidamente, en voz baja al Corchete*

(Si me soltáis...

CORCHETE

¿Qué dices?

BLASILLO

parto con vos el lomo y las perdices.

CORCHETE, *aceptando con gusto*

Pues deja que prepare...)

LA CORTEJADA, *gritando desde dentro*

¡Me asesinan!... ¡Favor!... ¿No hay quien me
[ampare?

CORCHETE

¿Qué ocurre?

CORTEJADA, *entrando, perseguida por Brazoduro*

Este esperpento
que me quiere robar.

BRAZODURO

¡Mientes!

CORTEJADA

¡No miento!

BRAZODURO

Conmigo no se juega,
princesa de alquiler.

CORTEJADA

¡Matón de pega!

BRAZODURO, *con ironía*

¿Tú eres monja novicia?

CORCHETE

¡Silencio, que está hablando la Justicia!

A la Cortejada.

Contad vos qué ha pasado.

CORTEJADA

Que este rufián con capa de soldado,
origen de mis males,
después que me sacó siete reales,
que jugó y ha perdido,
me pide quince más el muy bandido.

CORCHETE

¿Eso es cierto?

A Brazoduro.

BRAZODURO

Evidente:
pero debéis saber primeramente
y por mi honor lo fío,
que cuanto lleva encima todo es mío.

CORTEJADA

¿Suyo?...

BRAZODURO

Le di a millares
joyas, vestidos, mantos y collares.

CORTEJADA

¿Que me dió?...

BRAZODURO

Vacié el saco.

CORTEJADA

¿Quién ha visto embustero más bellaco?
Ni una hora hace siquiera
que le he encontrado aquí por vez primera.

CORCHETE, *a él y a ella*

¿De cuál miente el relato?

BRAZODURO, *amenazador, a la Cortejada*

¡Dame los quince reales o te mato!

CORTEJADA

Me amenazas en balde.

CORCHETE

Venid conmigo y juzgará el alcalde.

BRAZODURO

¿El alcalde?... Ni en broma.
La Justicia soy yo.

Lanzándose sobre ella y golpeándola.

¿Te niegas? ¡Toma!

CORTEJADA

¡Favor!... ¡Piedad!... ¡Clemencia!...

El Corchete trata de separarlos. Aparece Belisario, que se lanza sobre el grupo, desenvainando la espada.

BELISARIO

¡Pegar a una mujer en mi presencia!...

A Brazoduro.

¡Pronto! ¡En guardia, ligero!
Vais a probar el temple de mi acero.

CORCHETE

¡Tened!...

VIEJO, *asustado*

¿Ahora estocadas?...

CORCHETE, *a Blasillo, en voz baja*

(Escápate y espérame en las Gradas.
El momento es venido.)

BELISARIO, *a Brazoduro*

¿No desnudáis el hierro, mal nacido?

BRAZODURO

Quede aquí la rencilla.
No me bato por una mujercilla.

CORTEJADA

¡Cobarde!

BRAZODURO, *a la Cortejada*

Basta: vete.

VIEJO, *viendo que Blasillo echa a correr*

¡Que se escapa el ladrón, señor Corchete!

CORCHETE, *con calma*

Ya le hallaremos luego.

ESTUDIANTE, *entrando con la Cariluenga, moza por el estilo de la Cortejada*

Vuestros ojos me abrasan con su fuego,
ninfa del Betis puro,
que sois de amores celestial conjuro,
divino sol radiante...

CARILUENGA

¡Por Dios que es cortesano el estudiante!

NEGRETE, *que entra corriendo y se dirige a Don Justo, que al lado de Don Tristán contempla la escena*

¡Señor! ¡Señor!...

DON JUSTO

¿Qué pasa?

NEGRETE

La sobrina...

DON JUSTO

¿Qué dices?

NEGRETE

Que está en casa.

DON JUSTO

¿Ha llegado?...

NEGRETE

Ahora mismo.
Venid.

DON JUSTO

¡Condenación! ¡Abrete, abismo!
¡Va a empezar el festejo!...

A Don Tristán, despidiéndose.

Mi buen amigo, perdonad si os dejo.

DON TRISTÁN

¿Os vais ya? ¿Qué os sucede?

DON JUSTO

El mal mayor que sucederme puede.

Vase, seguido de Negrete.

CORTEJADA, *a Belisario*

Vos sois noble de raza.

BELISARIO

Buscadme si otra vez os amenaza,
y tenedlo por cierto;
si pone mano en vos es hombre muerto.

BRAZODURO

Acepto la advertencia,
que es de varón sesudo la prudencia.

ESTUDIANTE, *a la Cariluenga*

Decidme un «sí» clemente
y estaré a vuestros pies eternamente.

CARILUENGA

Pues entonces no callo.
¡Sí!

ESTUDIANTE

Gracias. ¡Oh placer!...

ARRIERO, *entrando, al Estudiante*

¡Por fin os hallo!
La recua preparada
ya nos está esperando en la posada.
Ni una hora más concedo.

ESTUDIANTE

Podéis partiros vos, que yo me quedo.

ARRIERO

¿Vuestra ciencia se atranca?

ESTUDIANTE

Aprendo más aquí que en Salamanca.

Mutación.—Fin del cuadro primero

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa de Don Justo, alhajada al gusto de la época, decorosamente, como corresponde a un hidalgo de posición desahogada. A uno de los lados, una reja con celosía.

ESCENA I

DON JUSTO.—ISIDORA

Don Justo entra: Isidora está en escena.

DON JUSTO, *ironicamente*

¿En dónde está ese pimpollo?
¿Dónde se oculta esa flor?

ISIDORA

Fué a mudarse de vestido:
la desdichada llegó
hecha un trapo.

DON JUSTO

Lo comprendo.
¡Desde Osuna en un serón!...

ISIDORA

¿Sabéis?

DON JUSTO

Me ha dicho Negrete
que su padre la mandó
con un arriero y tres monjas
que vienen al Salvador.

ISIDORA

Así llegó de agujetas...

DON JUSTO

Que se las conserve Dios
y se esté un mes en la cama
y me libre de ella yo.

ISIDORA

¡Jesús!... Cualquiera diría
que sois un ogro feroz.

DON JUSTO

¿Y cómo es la tal rapaza?
¿Montaraz?... ¿Tosca?...

ISIDORA

No, no;

dulce y discreta...

DON JUSTO

Imposible.
Nunca de Osuna salió

ni habló más que con las monjas
y mi hermano, un labrador
que sólo a viñas y olivos
les tuvo siempre afición,
y tiene que ser, por fuerza,
su rusticidad atroz.

ISIDORA

Pues no es tan rústica, os digo.
No hay cortesano primor
en sus frases, pero tiene
muy buena imaginación,
y debe ser cariñosa,
sencilla, de alegre humor,
modesta, apacible...

DON JUSTO, *con ironía*

Vamos;
un ángel de perfección
que viene a hacerme dichoso
como una y una son dos.

ISIDORA

No os burléis, que aunque haya sido
breve mi conversación
con ella, yo os aseguro
que ha de agradaros, señor.

DON JUSTO

¿A mí?...

ISIDORA

¡Tiene una inocencia!...
Se asoma el alma a su voz:
cuanto sale por sus labios
le sube del corazón.

DON JUSTO

De fijo que será fea.

ISIDORA

No, que es linda como un sol.

DON JUSTO

¿También linda?... ¿Y a qué debo
de su visita el honor?
¿No te dijo a qué ha venido?

ISIDORA

Eso no me lo contó;
pero, si quereis saberlo,
cerca tenéis la ocasión.

DON JUSTO

¿Cuál es?

ISIDORA

La carta que trajo
de su padre para vos.

Señalando a un mueble, del que la toma, presentándosela a Don Justo.

La puso en este bargueño.
Tomad.

DON JUSTO, *cogiéndola*

Dame. ¡Por mi honor
que tuvo mi pobre hermano
una mala inspiración!

Leyendo.

«Osuna diez: ahí te envío,
como con el Provisor
te anuncié el jueves pasado,
a mi hija Presentación.
Pronto tendrá veinte abriles
y mi paternal amor
sueña con verla dichosa,
unida a un hombre de pro.
En Osuna no hay mancebos
de su edad y condición
a quienes tender las redes
que fabrica el rapaz dios,
mientras que en Sevilla abundan,
según público rumor,
los de rico patrimonio
y esclarecido blasón.
Buscarle esposo a su gusto
debe ser fácil labor
para quien tantos amigos
tiene en esa población.
Ella parece—y un padre
siempre es buen observador—
tener por el matrimonio
decidida vocación.

Devuélvemela casada,
como te encargo, y... adiós:
recibe un estrecho abrazo
de tu hermano, Nicanor.»

Dejando de leer, iracundo.

Muy bien.

ISIDORA

La carta está clara.

DON JUSTO

Como el aire, ¡voto a briós!
Ella está clara... y yo turbio.

ISIDORA

Os indignáis sin razón.

DON JUSTO

¡Yo cuidando sobrinitas!...
¡Yo convertido en tutor
de doncellas casaderas!...
¡Yo, trocado en rodrigón,
acompañando mujeres
y sufriendo, como Job,
los requiebros callejeros
de cualquier perseguidor!...

ISIDORA

Comprended que es vuestro hermano
quien os da la comisión.

DON JUSTO

Mi hermano no; mi verdugo...
¡Malhaya quien le inspiró
la desatinada idea!...
¡Malhaya el duro rigor
de la suerte que me priva
de cuanto era mi ilusión!...
¡Mi libertad venturosa!...
¡Mi reposo bienhechor;
mi calma!... Y a cambio de eso
sólo me deja esta voz
que escucho amenazadora
quitándome...

Clorinda habrá salido momentos antes. Se acerca de puntillas a Don Justo, sin ser vista por él, y le tapa los ojos con las manos, preguntándole.

CLORINDA

¿Quién soy yo?

ESCENA II

DICHOS.—CLORINDA

CLORINDA, *conteniendo a Don Justo, que trata de desasirse de ella*

¡Quieto, quieto!... No os mováis.

DON JUSTO

¿Quién osa tal desafuero?

CLORINDA

Adivinadlo primero.
¿Algún huésped no esperáis
que os pueda tender tal red?

DON JUSTO

¿Presentación?...

CLORINDA, *dejándole libre*

Nunca es tarde.

Saludándole con una reverencia graciosa.

Señor tío, Dios os guarde.
¿Cómo está vuesa merced?

DON JUSTO, *amoscado*

¿Vienes con humor de chanza?
¡La idea fué peregrina!

CLORINDA, *muy alegre*

Como soy vuestra sobrina,
pues... me inspiráis confianza.

DON JUSTO

Te la inspiro... con exceso.

CLORINDA

Cuando chanceo me río...

Pero... ¿qué hacéis, señor tío,
que no me habéis dado un beso?

DON JUSTO, *secamente, rechazándola*

Yo no soy, gracias a Dios,
amigo de...

CLORINDA

Ya lo vi.
¿Vos no me besáis a mí?
Pues os besaré yo a vos.

Haciéndolo como lo dice.

Y dos los besos serán.

ISIDORA, *bajo a Don Justo.*

Es un ángel.

DON JUSTO

¡Estoy fresco!

CLORINDA

Uno por el parentesco,
y otro por lo muy galán.

DON JUSTO

¿Eh? ¿Qué?

Sorprendido.

CLORINDA, *con ingenuidad*

Yo había pensado
que erais un viejo ochentón,
amarillo, barrigón,
tembloroso y desdentado;
y fué una ocurrencia loca,
pues tenéis muy linda traza.

DON JUSTO, *asombrado*

¿Pero tú dices, rapaza,
cuanto te viene a la boca?...

CLORINDA

Las monjas me han enseñado
a no ocultar ni fingir,
porque dicen que mentir
es un horrible pecado.
Donde la verdad no brilla...

DON JUSTO, *con mal tono siempre*

Bien; dejemos ese punto,
y vengamos al asunto
que te ha traído a Sevilla.
Un porvenir venturoso
pensando en labrarte así,
tu padre te manda a mí...

CLORINDA, *interrumpiéndole, con viveza*

A que me busquéis esposo.
Lo sé: vengo carta en mano...

DON JUSTO

Y a ti, como es natural,
te habrá parecido mal
el proyecto de mi hermano.

CLORINDA

¿Mal?

DON JUSTO

Sí; debe molestarte...
Tú eres una joven seria
y esto es mandarte a una feria
a ver si quieren comprarte.
Tienes que sentir herido
a la fuerza tu pudor:
confiésalo.

CLORINDA, *con viveza*

No, señor;
yo rabio por un marido.

DON JUSTO, *escandalizado*

¿Eh? ¡Dios mío!... ¿Estaré loco?...

CLORINDA, *asustada*

¿Dije alguna inconveniencia?

ISIDORA, *bajo a Don Justo.*

¿No estáis viendo su inocencia?

DON JUSTO, *furioso*

¡Lo que veo es su descoco!

A Clorinda.

¿Que al altar pretendes ir
proclamas con tal cinismo?

CLORINDA, *ingenuamente*

Siendo verdad...

DON JUSTO

Por lo mismo
no lo tienes que decir.
No debieras ni pensarlo.
Es una audacia sin nombre...
¡Confesar que busca a un hombre!...
¡que rabia por encontrarlo!...
Locura tan singular
es de las que más degradan...

CLORINDA, *con naturalidad*

Y si los hombres me agradan
¿por qué lo debo ocultar?

DON JUSTO

Porque hablar de esa manera...

CLORINDA

Pues sor Juana me decía
que ni aun en eso debía

ocultar lo que sintiera;
que siempre se censuró
en la mujer hasta aquí
estar pensado que sí
y estar diciendo que no.
Cuando un hombre amor inspira
y su esposa se ha de ser,
no se debe envilecer
el amor con la mentira...
Y no es sólo la opinión
de sor Juana: sor Consuelo,
que antes de tomar el velo
pensó en casarse en Morón,
y que, aunque ya peina canas,
aún está que es una gloria...

DON JUSTO, *atajándola, secamente*

¿Va a ser muy larga la historia
de Consuelos y de Juanas?

CLORINDA

¿Os molesto?

DON JUSTO

Sí; me irritas.
No quiero el tiempo perder,
ni me hace falta saber
la opinión de las monjitas.
Lo que a tu padre interesa
es hallar palo que aguante
tu vela... Desde este instante

voy a lanzarme a la empresa.
Pero, aunque el ingenio agote,
temo que he de ser vencido:
no es fácil hallar marido
para doncellas sin dote.

CLORINDA

¡Ah! ¿No?...

DON JUSTO

Con la bolsa huera
no habrá quien te solicite.
Y en ti no hay nada que invite...
¡nada!... ¡ni el nombre siquiera!...
¿Qué galán siente ilusión
ni busca de amor trofeos
si el imán de sus deseos
se llama Presentación?
Para que encuentres esposo
será preciso cambiar
tu nombre feo y vulgar
por otro dulce y gracioso.

CLORINDA

Muy bien. ¿Y cuál me depara?

DON JUSTO, *después de pensarlo*

¿Qué te parece Clorinda?

CLORINDA

No está mal: rima con linda.

DON JUSTO, *mirándola y haciendo la concesión como a su pesar*

Como linda con tu cara...
porque lo eres... Sólo en eso
para hallar galán confío...

CLORINDA, *muy contenta, abalanzándose sobre él y besándole*

¡Ay, qué gusto!... Señor tío,
dejadme que os dé otro beso.

DON JUSTO, *con aspereza, rechazándola*

¿Vuelta al besuqueo?... ¡Calla!
Me disgusta...

CLORINDA, *resignada*

Bien está.

DON JUSTO

¿Tú te figuras que ya
se ha ganado la batalla?
No basta con la belleza
a la que casarse ansía:
los mancebos hoy en día
buscan linaje y riqueza...
y siendo pobre no hay modo...

CLORINDA

Pues entonces para mí
no hay esperanza...

DON JUSTO, *de pronto, como si le asaltara una idea*

¡Ah! Sí; sí...
Esto lo resuelve todo.
Nadie es más rica que tú.

CLORINDA, *asombrada*

¿Yo soy rica?

DON JUSTO

Millonaria.
Voy a hacerte propietaria
de unas minas del Perú.

CLORINDA, *cada vez más sorprendida*

¿A mí?

DON JUSTO

No hay otro camino.
Mañana Sevilla entera
dirá que eres la heredera
de un opulento padrino
que tienes, de un peruano...
Cuando lo sepan las gentes
lloverán los pretendientes
que soliciten tu mano.

CLORINDA

Pero eso es mentir.

DON JUSTO

Quien mienta.
Si el rumor divulgan otros
por cuenta suya, a nosotros
¿quién puede pedirnos cuenta?
Tu harás como quien ignora
que tal rumor se propala.

ISIDORA

Sí, sí, la invención no es mala.

DON JUSTO

Ya lo sabes, Isidora.
Esta es de ser parlanchina
la ocasión.

ISIDORA

Nada temáis.

DON JUSTO

Tú y Negrete os encargáis
de decir que mi sobrina,
sobre ser vivo tesoro
de lo divino y lo humano,
es ahijada de un indiano
que tiene unas minas de oro.

ISIDORA

La noticia irá ligera...

DON JUSTO

No quede en la población
dueña, paje o rodrigón,
ni comadre cotarrera,
ni menos mozos galantes,
sin un relato completo...

ISIDORA, *con malicia*

Lo diremos en secreto
para que lo cuenten antes.

CLORINDA

Lo que es falso a nadie obliga.

DON JUSTO

Bien por el cual se pelea,
lo que importa no es que sea;
es que la gente lo diga.

CLORINDA

¿Vos pensáis?...

DON JUSTO

No hay falsedad
que el tiempo al cabo no borre;
mentira que corre y corre
acaba por ser verdad.

CLORINDA

Entonces ¿llega a ser rico
quien se atiene a ese consejo?

DON JUSTO

Te contaré un cuento viejo.
Fabio era un zote, un borrico.
De comprensión dura y tarda
y sin nada en la mollera,
no hubo jamás quien tuviera
mejor derecho a una albarda,
pues a decir la verdad
el buen Fabio Sanginés
se sostenía en dos pies
por mera casualidad.
Paseaba un día el cuitado
y uno que al paso le vió
«¿quién es ése?» preguntó
a otro que estaba a su lado;
y éste, queriendo chancear,
porque no le conocía,
«un sabio de gran valía,»
contestó sin vacilar.
Volvió a pasar por la acera
Fabio, a la costumbre fiel,
y el que preguntó por él,
conociendo ya quién era,
«ahí va, dijo de repente,
un sabio:» los que le oyeron
«es un sabio» repitieron

como una cosa corriente,
y ya, siempre que pasaba,
«ahí va el sabio» se decía...
El rumor de día en día
iba creciendo, aumentaba,
se extendía sin cesar...
«Un sabio, un sabio profundo»...
exclamaba todo el mundo
viendo a Sanginés pasar.
Y entre triunfos y ovaciones
y dulcedumbres y mieles,
iba pisando laureles
y escuchando aclamaciones,
entre el coro de alabanza
que por doquier le seguía,
por una sabiduría
cuyo origen fué una chanza.
Y ya era inútil decir,
con la prueba por delante,
que Fabio era un ignorante
que no aprendió ni a escribir...
«Es un sabio» de mil modos
se decía en la ciudad...
¿y quién niega que es verdad
lo que se afirma por todos?
El mismo, ante la insistencia
de la pública aserción,
llegó a hacerse la ilusión
de que era un pozo de ciencia,
pues alguien, muy convencido,
le oyó decir al buen Fabio:
«¡y pensar que yo era un sabio
sin haberlo conocido!»

CLORINDA

Del cuento la moraleja
viene a ser, en mi sentir,
que en el mundo hay que mentir,
cosa que Dios no aconseja...

DON JUSTO

¿Quién a que mientas te obliga?

CLORINDA

¿Pues qué?, ¿no es mentir liviano
eso del padrino indiano?...

DON JUSTO

No siendo tú quien lo diga...

CLORINDA

Aunque no sea...

DON JUSTO, *irritado*

¡Pardiez!...
¿Te rebelas?... ¡Tal audacia!...

CLORINDA

Es que dice sor Ignacia...

DON JUSTO

¿Las monjitas otra vez?...
¡Eh! ¡Basta ya de insolencias!

CLORINDA

Perdonad, si os he faltado.

DON JUSTO

Has de saber que a mi lado
no sufro desobediencias
de mi prestigio en desdoro...
¿A qué vienes? ¿A casarte?
Pues Clorinda has de llamarte,
y has de tener minas de oro...
Soy quien manda y no consiento
que se me oiga con desdén.

CLORINDA, *con malicia, después de una pausa*

Señor tío, yo también
quiero contaros un cuento.

DON JUSTO

¿Eh?...

CLORINDA

Va a agradaros, de fijo.
El buen hidalgo Don Suero
compró en la feria un cordero
para que jugase su hijo.
Era el animal por suerte
de apacible condición,
mas tenía un vozarrón
de tal modo ronco y fuerte,

que todo el mundo creía,
cuando al viento lo lanzaba,
no que un cordero balaba,
sino que un tigre rugía.
Se extendió tanto la voz
del barrio por el confín
de que Suero en su jardín
guardaba un tigre feroz,
que siempre había en la acera
larga fila de curiosos
escuchando temerosos
los rugidos de la fiera.
Si el cordero triscador
balaba, según costumbre,
toda aquella muchedumbre
se estremecía de horror,
repitiendo: «Noramala
quien hizo tal necedad:
pone en riesgo a la ciudad
ese tigre de Bengala.»
¡Y al armarse el caramillo
se daba el caso nefando
de todo un pueblo temblando
ante un pobre corderillo!...
Porque era ya el pueblo entero
el que un día y otro día
«que ruge el tigre» decía
cuando balaba el cordero.

DON JUSTO, *amoscándose gradualmente*

Así, al pronto, no se advierte
lo que el tal cuento refleja.

CLORINDA

Es muy fácil: que la oveja,
cuando bala con voz fuerte,
del tigre ocupa el lugar.

DON JUSTO

Aún no te comprendo bien.

CLORINDA, *con malicia*

Pues... que eso suele también
entre los hombres pasar.

DON JUSTO

¿Y esa oveja... destemplada
soy yo?

CLORINDA, *sonriéndose*

¿Quién dijo tal cosa?

DON JUSTO, *furioso*

¡Habráse visto mocosa
más procaz y deslenguada!...

CLORINDA

¿Es que mi chanza os molesta?
Perdonad si os ofendí.

DON JUSTO

¡Basta! Marchaos de aquí,
que ya es la hora de mi siesta.

ISIDORA, *bajo a Clorinda*

Hoy está que echa venablos.

A Don Justo.

Piense usarced...

DON JUSTO, *con ira*

¡Vive Dios!...
¡Digo que os marchéis las dos
con una legión de diablos!

CLORINDA, *humilde y maliciosa a la vez*

Bien, bien: mi culpa confieso;
mas, pues queréis enojaros,
no me iré sin castigaros...

DON JUSTO, *indignadísimo*

¿Tú? ¿Con qué?

CLORINDA, *dándoselo por sorpresa*

Con otro beso.
Yo ante el desdén no me humillo.

DON JUSTO

¡Será forzoso que emigre!

ISIDORA, *llevándose a Clorinda*

Vámonos, que ruge el tigre.

CLORINDA, *sonriéndose, al irse*

No; que bala el corderillo.

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro anterior

ESCENA I

ISIDORA.—NEGRETE

Los dos están mirando a la calle, desde la reja.

NEGRETE

¿Quién es aquel de la esquina?

ISIDORA

El capitán Belisario;
por las trazas un mancebo
tan noble como gallardo.

NEGRETE

¿Y el otro?

ISIDORA

¿El que mira ahora?
Me han dicho que un licenciado:
Floridor.

NEGRETE

Precioso nombre.

ISIDORA

Quien hoy no ronda es Lisardo.

NEGRETE

Pues ése es el predilecto,
según creo.

ISIDORA

Lo son varios.

NEGRETE

¿Eh? ¿Qué decís?

ISIDORA

Que Clorinda
tiene el corazón muy ancho.

NEGRETE

Por descomunal que sea
no lo será nunca tanto
que pueda albergar a todos
los que pretenden su mano.
Pasan de veinte.

ISIDORA

Y de ciento.
¡Si en la calle no hay espacio
para los que son!... Parece
que hay romería en el barrio.

NEGRETE

Ella es linda como un ángel.

ISIDORA, *con malicia*

Y más linda si pensamos
en el flamante atractivo
que nosotros le hemos dado.

NEGRETE

¿Nosotros?

ISIDORA

Seguramente;
con la invención del indiano,
del padrino de las minas...

NEGRETE

¡Ah! Sí.

ISIDORA

Ya es un buen regalo
para cualquiera una moza
que une a su rostro y su garbo
los millones de la herencia
de ese Creso imaginario.

NEGRETE

Yo lo he dicho en todas partes.

ISIDORA

Y yo. Que se ha divulgado
lo prueban tantos moscones
como acuden al reclamo.

NEGRETE

Pero si alguno descubre
que se trata de un engaño...

ISIDORA

¡Bah! No es fácil.

NEGRETE

Algún día
tendrá que saberse al cabo.

ISIDORA

Y entonces decimos todos:
«yo no sé quien lo ha inventado;»
«se lo escuché a fulanito,»
o «me lo contó mengano,»
o lo que se nos ocurra...
¡No sería mal trabajo
averiguar el origen
de todos los dichos falsos!

NEGRETE

Tenéis razón.

ISIDORA

Lo que importa
es conseguir lo que ansiamos:
que Clorinda encuentre esposo.

NEGRETE

¿Por qué le molesta tanto
su compañía a Don Justo?
Para mí, por el contrario,
sería un placer...

ISIDORA

Sin duda:
a nuestra edad siempre es grato
tener cerca gente joven
que nos recuerde el pasado,
que disipe nuestras penas
de su alegría al contagio;
pero Don Justo no piensa
del mismo modo: es huraño,
esquivo, como soltero
de su libertad prendado...
Y no es decir que no sea
bueno; más que bueno; santo...

NEGRETE, *sombrío*

Bueno, a veces; que otras muchas
es odioso, sanguinario,
duro, implacable...

ISIDORA, *asombrada*

Negrete,
¿así habláis de vuestro amo?

NEGRETE

¡De un amo que me asesina,
en premio de tantos años
de servirle!...

ISIDORA

¿Pues qué os hizo?

NEGRETE

Lo de siempre. ¿Es poco, acaso?
No me halla una vez a solas
sin recordar que he jurado
darle muerte si se casa.

ISIDORA

¿Y en serio vais a tomarlo?

NEGRETE

Vos no sabéis lo que dice...
«Las mujeres son mi espanto.
¡Ya ves esta sobrinita!...
Negrete, tú eres honrado:
si alguna vez enloquezco

y oyes decir que me caso,
tienes que pegarme un tiro:
lo juraste; es necesario:
Dios castiga a los perjuros.»

ISIDORA

A vos no ha de castigaros,
puesto que él no ha de casarse.

NEGRETE

Pero si llegara el caso,
el dilema es espantoso:
o darle muerte en el acto,
o faltar a un juramento:
perjurio o asesinato.
Mi existencia es un martirio;
por las noches no descanso;
tengo unos sueños horribles;
me veo, mosquete en mano;
me figuro que le busco;
que le apunto, que disparo,
que cae al suelo...

ESCENA II

DICHOS. — CLORINDA

CLORINDA, *entrando*

Isidora...

ISIDORA

¿Qué me queréis? ¿Mandáis algo?

CLORINDA

Que abráis la puerta.

ISIDORA

¿Quién viene?
¿Don Justo?

CLORINDA

No; Belisario.

ISIDORA, *con extrañeza*

¿El capitán?

CLORINDA

Me ha pedido
por la reja de mi cuarto
que le reciba.

ISIDORA, *asombrada*

¿Y habéis
accedido?

CLORINDA, *con naturalidad*

Pues es claro.

ISIDORA

¿Sin que esté aquí vuestro tío?
¿Sin haberse presentado
a él antes?

CLORINDA

¿Está mal hecho?

ISIDORA

¡Jesús! Sería un escándalo...
Una doncella no puede,
porque es falta de recato,
hablar así con los hombres.

CLORINDA

Pues si con los hombres no hablo,
¿cómo voy a hallar esposo?
¿por señas?

ISIDORA

No; mas cuidando
de no hacer que se murmure.

CLORINDA

En Osuna nunca andamos
con repulgos, y sor Juana,
que entiende de usos mundanos,
me dijo que no temiera...

ISIDORA

Basta; dejad comentarios
de monjas y andad al punto
a evitar que entre ese hidalgo.

CLORINDA, *disponiéndose a irse*

Voy.

ISIDORA

¡Si Don Justo supiera
lo que osasteis!...

CLORINDA, *alarmada*

¿Es tan malo?...

ISIDORA

Es espantoso.

CLORINDA, *viendo a Belisario, que aparece en la puerta*

¡Ah! Ya es tarde.
Vedle.

ISIDORA

Se entró por asalto.

NEGRETE, *llevándose a Isidora*

La resistencia es inútil.
Dejémosles solos... Vámonos.

Vanse Isidora y Negrete.

ESCENA III

CLORINDA.—BELISARIO

BELISARIO

Celeste criatura,
dechado, sol y espejo de hermosura;
un soldado aguerrido,
hijo de Marte, a quien hirió Cupido,
que le vencéis pregona
y os rinde al par su amor y su tizona.

Se arrodilla a sus pies.

CLORINDA

Alzad, señor soldado:
enaltecido os quiero y no humillado.

BELISARIO

Enaltece y no humilla
doblar ante una diosa la rodilla.

CLORINDA

Por Dios, alzad del suelo.

BELISARIO, *levantándose y acercándose a ella*

Pues dadme una palabra de consuelo;
calmad al que os adora...
¿Queréis pruebas de amor?—Mandad, señora,

CLORINDA

Sois galán, por lo visto.

BELISARIO

Decid «conquista un reino,» y lo conquisto;
pedid de fuerza ejemplo,
y cual nuevo Sansón hundiré el templo;
gritad «muere a mi planta,»
y clavaré el puñal en mi garganta...
Mayor bien no concibo...

CLORINDA

¿Y para qué morir? —Me agradáis vivo.

BELISARIO, *con gran alegría*

¡Qué placer! ¿Os agrado?

CLORINDA, *arrepintiéndose*

¡Jesús! Tal vez he dicho demasiado.
Yo soy rústica y llana;
no tengo sutileza cortesana,
y digo lo que siento,
porque no sé ocultar el pensamiento.

BELISARIO

Por eso es más sincera
vuestra declaración, ninfa hechicera.
De placer estoy loco.
¿Conque os agrado tanto?...

CLORINDA, *sonriendo, con malicia*

Poco a poco.
Que me agradáis he dicho:
el «tanto» lo añadió vuestro capricho.

BELISARIO

Si estoy ya encaminado
a vuestro corazón...

CLORINDA

Id con cuidado
y avanzad con buen tino,
que no vais solo vos por el camino.

BELISARIO

¿Eh? ¿Qué?...

Sorprendido.

CLORINDA

Que por gallardo
también me inclino mucho hacia Lisardo,
y no le pongo veto
ni a Floridor por culto y por discreto,
ni a Lope por valiente,
ni por buenos a Félix y a Clemente,
ni por noble a Villaza...

BELISARIO, *con asombro*

Vamos... que os gustan todos, por la traza.

CLORINDA

Ya os dije, sin rodeo,
que yo no sé mentir.

BELISARIO

Sí, sí; lo veo.

Aparte

(La doncella es divina...
¡Por Dios que si no fuera por la mina!...)

CLORINDA

¿Os quedáis silencioso?
¿Qué os sucede? Decid.

BELISARIO, *trágico*

¡Que estoy celoso!...

CLORINDA, *con malicia*

Celos auguran males.

BELISARIO

Pero yo triunfaré de mis rivales.

CLORINDA

Pues... luchad decidido,
que tengo prisa por hallar marido.

BELISARIO, *escandalizado*

¿Confesáis de ese modo?...

CLORINDA

Para mí la verdad está ante todo.

BELISARIO, *con ironía*

Ya lo vengo observando.

CLORINDA

¿Vos no la amáis también?

BELISARIO

Según y cuando.

CLORINDA

Dice sor Sacramento,
una monja muy vieja del convento
donde yo me he criado,
que la mentira es siempre un gran pecado,
pero más todavía
si supone el mentir coquetería.
«Hija, te recomiendo,
me dijo cierta vez—la estoy oyendo,—
que si casarte quieres
no hagas lo que acostumbran las mujeres,
que con desdén fingido
suelen martirizar a su elegido.
Tú no le martirices;

cuando quieras a un hombre, se lo dices
sin ficciones odiosas:
las que ser pretendemos religiosas
y que Dios nos ampare
no esperamos a que El se nos declare:
con afán amoroso
vamos y le decimos: «Sé mi esposo.»
¿Quién habrá que se asombre
de que tú hagas lo mismo con un hombre?
Dios es mejor pareja,
y lo hacemos con El... y no se queja.

BELISARIO, *con sarcasmo*

¡A fe que del invento
puede orgullosa estar sor Sacramento!

ESCENA IV

DICHOS.—ISIDORA

ISIDORA, *entrando precipitadamente, a Belisario*

¡Salid pronto!

BELISARIO

¿Qué pasa?

ISIDORA

Que os puede hallar aquí; viene hacia casa.

CLORINDA

¿Pero quién?

ISIDORA

Vuestro tío.

CLORINDA, *asustada*

¡Ah! Sí. Salid, salid...

BELISARIO

En vos confío
y en vuestro amor espero.

CLORINDA

A don Justo acudid, que es lo primero.

BELISARIO

¿Pero vos?...

CLORINDA

Yo ahora callo.

BELISARIO

¡Sor Sacramento inspire vuestro fallo!...

Vanse Belisario e Isidora, por distinta puerta de aquella en que aparece don Justo un momento después.

ESCENA V

CLORINDA.—DON JUSTO

CLORINDA, *saliendo a recibirle*

Hoy volvéis de pasear
más tarde, tío y señor.

DON JUSTO

Y de más alegre humor:
no te lo quiero ocultar.

CLORINDA

¿A qué se debe que así
se opere en vos tal mudanza?

DON JUSTO

A la risueña esperanza
de libertarme de ti.

CLORINDA, *riendo*

Mil gracias.

DON JUSTO

No es agraviarte
sentir tu mismo deseo:
vengo alegre porque creo
que por fin voy a casarte.

CLORINDA

¡Ah! ¿Vos creéis?...

DON JUSTO

Que con flores
el amor ya te encadena...
La calle, al entrar, vi llena
de galanes rondadores.
Escoger está en tu mano.

CLORINDA

Sí; no me dejan en paz.

DON JUSTO, *sonriendo con malicia*

No hay nada tan eficaz
como un padrino peruano.
¡Venturosa la que tiene
donde elegir!

CLORINDA

La elección
no es fácil.

DON JUSTO

En mi opinión
Lisardo es quien te conviene.

CLORINDA

Tal vez,

DON JUSTO

Su padre es muy rico
y de casarle está ansioso.
Me parece un buen esposo.

CLORINDA

¿No pensáis que Federico
será mejor?... ¿o Ventura?...
¿o Sebastián?... ¿o Clemente?...

DON JUSTO, *entre irritado y risueño*

O Pedro, o Juan, o Vicente...
¿Quién vió igual desenvoltura?

CLORINDA

¿Y por qué debo ocultar?...

DON JUSTO

Porque es falta de recato.

CLORINDA

Por más que de hacerlo trato
yo no sé cómo acertar.
Al mentir ofendo a Dios
faltando a su mandamiento,
y si digo lo que siento
os ponéis furioso vos.
Qué debo hacer?—Yo os conjuro...

DON JUSTO

Lo que el recato aconseja.

Se oyen unos golpes, dados desde fuera, en la celosía.

¿Eh?... ¿Qué?... ¿Llaman a la reja?

CLORINDA

Es Floridor, de seguro.
Viene a esta hora.

DON JUSTO

¿Le hablas ya?

CLORINDA

Por la reja suelo verle.

DON JUSTO

Pues ábrela: hay que atraerle.

CLORINDA

¿Estando vos?

DON JUSTO

¿Qué más da?
Pero, por Cristo, prudencia;
no te muestres descocada...

CLORINDA

Con no contestarle nada
sin pediros anuencia...

DON JUSTO

¡Qué idea!... ¿Voy a ser yo?...

Clorinda entreabre la celosía y sostiene desde ella el diálogo que sigue, con las pausas consiguientes a una conversación, de la que sólo se oye una parte.

CLORINDA

Dios os guarde... Sí... ¿Qué os pasa?

Volviéndose hacia Don Justo.

Pregunta si estáis en casa.
¿Qué le contesto?

DON JUSTO, *secamente*

Que no.

CLORINDA, *hablando hacia afuera*

Mi tío salió hace un rato...
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué modesto!...
Sois galán, gallardo, apuesto...

DON JUSTO, *acercándose a ella con rapidez*

Acuérdate del recato.

CLORINDA, *siguiendo su diálogo*

Disculpo vuestras audacias
y aun con placer las escucho.

Volviéndose de nuevo a su tío.

Dice que me quiere mucho.
¿Qué le respondo?

DON JUSTO, *con aspereza*

Que... gracias.

CLORINDA, *hacia afuera*

Es una galantería...
Seguid, seguid si queréis...
Lo decís porque sabéis
que os oigo con simpatía...
Sí; me complace escuchar
vuestro amoroso secreto...
Me cautiváis por discreto...

DON JUSTO, *con viveza*

Que vuelves a resbalar...

CLORINDA, *a Don Justo*

¿Otra vez?... ¡Esto es horrible!
Yo no sé como explicarme...

DON JUSTO

No vuelvas a preguntarme,
porque eres incorregible.

CLORINDA, *después de hacer que oye a Floridor*

Me pide que le dé el sí.

DON JUSTO

Pues dáselo, por tu vida.

CLORINDA

Es que no estoy decidida...

DON JUSTO

¿Y he de estarlo yo por ti?

CLORINDA, *hacia afuera*

Dejadme tiempo a pensar.

Volviéndose.

Ay, me apremia... ¿Qué le digo?

DON JUSTO, *furioso*

¿Pero es contigo o conmigo
con quien se quiere casar?

CLORINDA

¡Qué genio, Dios soberano!...

DON JUSTO

Sigue, y consultas evita.

ESCENA VI

DICHOS.—ISIDORA

ISIDORA, *apareciendo en la puerta*

Señor, que tenéis visita.

DON JUSTO

¿Quién?...

ISIDORA

Un caballero anciano;
Don Tristán de la Ribera.

DON JUSTO, *sorprendido*

¡Ah! Sí: que pase.

Vase Isidora.

Sobrina,

A Clorinda.

despide a ese hombre y termina.

CLORINDA

Está bien.

DON JUSTO

Alguien me espera
y he de verle sin retardo.

CLORINDA, *hablando hacia afuera*

Mi tío ha llegado ahora.
Adiós.

Cierra la celosía.

DON JUSTO

Me anuncia Isidora
que está el padre de Lisardo.
Tal vez, de tu mano en pos,
a pedirla se decide.

CLORINDA, *muy contenta*

Pues dádsela si la pide;
casadme pronto por Dios.

DON JUSTO

Lo haré, si ocultas la gana.

CLORINDA

¿Ocultarla? ¿Para qué?
Sor Juana...

DON JUSTO, *empujándola, para que se vaya*

Sí, sí; ya sé
lo que te ha dicho sor Juana.

Vase Clorinda.

ESCENA VII

DON JUSTO.—DON TRISTÁN

DON JUSTO

¡Vive el cielo que la moza
va a acabar con mi paciencia!...

DON TRISTÁN, *apareciendo, sin entrar*

Señor Don Justo, ¿se puede?...

DON JUSTO, *con galantería*

Esta casa es siempre vuestra:
bien venga a honrarla mi amigo
Don Tristán de la Ribera.

DON TRISTÁN

Negocio muy delicado
es el que me trae a ella:
entraremos, si os parece,
sin ambages en materia.

Se sientan ambos

DON JUSTO

Es lo mejor: ya deseo
saber cuál es la manera
de serviros.

DON TRISTÁN

A uno y otro
servirnos nos interesa.

Ya sabéis que tengo un hijo
y que mi ilusión más bella
es encontrarle una esposa
que haga su ventura eterna.

DON JUSTO

Lo sé, y aplaudo y admiro
vuestra paternal terneza.

DON TRISTÁN

Pues, gracias a vos, creía
tener resuelto el problema
cuando un tropiezo impensado
todo mi plan desconcierta.

DON JUSTO

¿Gracias a mí? No comprendo...

DON TRISTÁN

La esposa que por sus prendas
soñé con dar a Lisardo,
contando con vuestra venia,
era...

DON JUSTO

¿Quién?

DON TRISTÁN

Vuestra sobrina.

DON JUSTO

¿Clorinda?

DON TRISTÁN

La hallo hechicera,
linda, humilde, cariñosa,
y abrigaba la evidencia
de que en ella encontraría
mi hijo una dicha perfecta.

DON JUSTO

¿Pero Lisardo ha mostrado
inclinación hacia ella?

DON TRISTÁN

Y bien viva.

DON JUSTO

Pues entonces...

DON TRISTÁN

La ha mostrado... y no la muestra.
Vengo a hablaros francamente
porque parto de la idea
de que también os sería
grato dar cima a esta empresa
y hacer que en eterno lazo
nuestras familias se unieran.
Si la presunción me engaña,
aquí mis labios se cierran.

DON JUSTO

Presumís bien: yo tendría
por dicha y honra supremas
que Clorinda por su boda
llegase a ser hija vuestra,
y mi hermano estoy seguro
de que igualmente lo aprueba.

DON TRISTÁN

En ese caso prosigo
y aun redoblo la franqueza
con que os hablo. Mi esperanza
se disipó como niebla.

DON JUSTO

¿Qué estáis diciendo? Explicaos.

DON TRISTÁN

Vais a saberlo en reserva.
No os ofendáis. Me parece
que no cabe mejor prueba
de que yo tengo a Clorinda
por dechado de inocencia
que quererla para mi hijo.

DON JUSTO

Sin duda. Y a boca llena
yo os digo que lo merece.

DON TRISTÁN

Por saberlo es mi tristeza
mayor, al ver que Lisardo
ya de su amor no se acuerda.

DON JUSTO

¿Qué ha ocurrido?

DON TRISTÁN

Una nonada.
Figuraos que a la reja
consiguió hablarla una tarde.

DON JUSTO

¿Y ella se mostró severa?

DON TRISTÁN

Al contrario. Esa es la causa
de que mi hijo ya no tenga
la ilusión que antes tenía.

DON JUSTO, *muy alarmado*

¿Dijo alguna ligereza?

DON TRISTÁN

Sí; muy grande: no os lo oculto.

DON JUSTO

Contádmela; que yo sepa...

DON TRISTÁN

¡Que rabiaba por casarse!

DON JUSTO, *levantando los brazos*

¡Jesús!... ¡En una doncella
esa confesión!... Me explico
que Lisardo ya no quiera
ni oir su nombre... Y sin embargo,
yo os aseguro que es buena.

DON TRISTÁN

Y yo lo afirmo a par vuestro.

DON JUSTO

Tiene sólo inexperiencia,
como es natural... Criada
de un pueblo en la vida estrecha
y educada en el convento
de unas monjas lugareñas,
desconoce las costumbres
que en las ciudades se observan.

DON TRISTÁN

No tenéis que disculparla:
su confesión no revela
más que candor.

DON JUSTO

Afirmadlo.

DON TRISTÁN

Cuanto tengo a gusto diera
por conseguir que mi hijo
olvidara la crudeza
de aquella frase y de nuevo
diese a su amor libre rienda.

DON JUSTO

Si tanto ansiáis conseguirlo,
a vencer su resistencia
puedo ayudaros.

DON TRISTÁN

¿Vos? ¿Cómo?

DON JUSTO

Haciendo que ella comprenda
que obró mal y que procure
que él olvide su franqueza.

DON TRISTÁN, *muy contento*

La ventura os debería.

DON JUSTO, *levantándose: Don Tristán le imita*

Pues ni un minuto se pierda.
Enviadme pronto a Lisardo
con un pretexto cualquiera.

DON TRISTÁN

Aquí le tendréis al punto:
quedó esperándome ahí cerca.

DON JUSTO

Yo aleccionaré a Clorinda
entre tanto, y cuando él venga,
mientras me buscan, a solas
se encontrarán.

DON TRISTÁN

¡Brava idea!

DON JUSTO

Id al momento.

DON TRISTÁN

Al momento:
va en ello mi vida entera.

Al irse, dándole la mano.

¡Ay, cuánto cuestan, don Justo,
los hijos y cuánto pesan!...

DON JUSTO

¡Ay, don Tristán, las sobrinas
no son tanto y también cuestan!...

Vase Don Tristán.

ESCENA VIII

DON JUSTO.—*Después* CLORINDA

DON JUSTO, *llamándola a voces*

¡Clorinda! ¡Clorinda!... Vamos;
ya es demasiada simpleza...
Lo que para ella construyo
ella misma lo echa a tierra.

CLORINDA, *entrando*

¿Me llamabais, señor tío?

DON JUSTO

Ven acá, mujer proterva,
enemiga de mi dicha,
incentivo de mis penas,
verdugo de mi reposo,
tormento de mi existencia...

CLORINDA, *riéndose*

¿Se acabaron los dicterios?

DON JUSTO

No se acabaron: empiezan.

CLORINDA, *como desafiándole*

Cuidado, que si me enojo
y os devuelvo las lindezas...

DON JUSTO, *provocativo*

¿Qué me dirás?

CLORINDA

León sin garras,
o paloma con melena,
o miel fingiéndose acíbar,
o santo con piel de fiera...

DON JUSTO

¿Te atreverías?...

CLORINDA, *sonriéndose*

Por mucho
que lo que decís me ofenda,
no lograréis convencerme
de que es verdad que os molesta
vuestra sobrina; al contrario;
os divierte y os alegra
y tendríais, de seguro,
un gran pesar si se fuera,
porque ella a vos os adora
y vos la queréis a ella...

DON JUSTO

¿Que yo te quiero?

Indignado.

CLORINDA

Sí, tío;
mucho.

DON JUSTO, *con ira*

¡Falso!...

Dulcificándose de pronto.

Y aunque fuera
verdad, no lo del cariño,
que hasta el pensarlo es demencia...
—yo aborrezco a las mujeres,
lepra y plaga de la Tierra;—
pero, en fin, si fuera cierto
que te sufro con paciencia
y estoy resignado a verte
y hasta ayudarte a que puedas
encontrar un buen esposo,
¿te parece recompensa
digna de mi sacrificio
pagarme con tus torpezas?

CLORINDA

¿Qué os hice?

DON JUSTO

Don Tristán vino
a decirme—¡qué vergüenza!—
que a Lisardo has asustado
por procaz y desenvuelta.

CLORINDA

¿Yo?

DON JUSTO

Sí, tú: me ha referido
que le dijiste tan fresca
¡que rabiabas por casarte!

CLORINDA, *con naturalidad*

Y es verdad.

DON JUSTO, *furioso*

Las cosas ciertas
suelen ser las más vitandas
en una mujer soltera.
¡Ya ves lo que has conseguido!...
Que Lisardo atrás se vuelva
de su intención de casarse.

CLORINDA

Si por tan poco lo deja,
no me amaría.

DON JUSTO

¿Tú crees
que quien busca esposa honesta
se casa con una joven
que habla con tal ligereza?

CLORINDA

Pero si...

DON JUSTO

No te disculpes
y pensemos la manera
de que tenga todavía
compostura tu imprudencia.
Don Tristán va a hacer que su hijo
a buscarme a casa venga...

CLORINDA

¿Cuándo?

DON JUSTO

Ahora mismo. Yo hago
que me espere un rato; mientras,
él te encuentra aquí y habláis...
pero pon freno a tu lengua
por Dios; muéstrate a sus ojos
morigerada y discreta.

CLORINDA

Yo haré lo que me mandéis.

DON JUSTO

Borra la impresión funesta
de aquel dicho malhadado,
hasta conseguir que crea

que fué una chanza... Le dices
que en matrimonios no piensas;
que tienes firme designio
de seguir siempre soltera...

CLORINDA

Pero eso es mentira...

DON JUSTO

¡Dale
con la mentira!... ¡Qué tecla!
Te señalo el buen camino.

CLORINDA

Bien, bien.

DON JUSTO

Si la vez primera
le recibiste sonriente,
ahora le recibes seria:
si entonces mostraste agrado,
ahora desagrado muestras,
y, en fin, si entonces le hiciste
entrever que estabas cerca
de darle tu amor, ahora
sin vacilar se lo niegas.
Dile que no es de tu gusto.

CLORINDA

Eso va a causarle pena.

DON JUSTO

¿Y qué importa?

CLORINDA

Que decía
sor Sacramento, la vieja,
que martirizar a un hombre...

DON JUSTO, *atajándola, con ira*

Mira, mira; como vuelvas
a hablarme de las monjitas,
te echo y se acaba la fiesta.

CLORINDA

Me hacéis mentir, y es pecado.

DON JUSTO

Cuando la mentira lleva
al objeto perseguido,
no hay más que seguir su senda.
La verdad cuesta muy cara
si es a nuestro fin adversa.
Ese es un placer de ricos
que ellos solos se reservan.
Tú eres pobre: todavía
no tienes bastante hacienda
para poder darte el lujo
de decirla cuando quieras.

ESCENA IX

DICHOS.—ISIDORA

ISIDORA, *desde la puerta*

¿Señor?...

DON JUSTO

¿Qué ocurre?

ISIDORA

Un mancebo
de muy gallarda presencia
que se llama don Lisardo
dice que hablaros desea.

CLORINDA

¡El!

ISIDORA

¿Le hago entrar?

DON JUSTO

No; que espere,
que espere a que yo me pierda..

ISIDORA, *con sorpresa*

¿A que os perdáis?...

DON JUSTO

En la sala
debe encontrar sola a ésta:
tú haces que vas a buscarme
y en un rato no me encuentras.

ISIDORA

¡Qué complicada es la historia!...

DON JUSTO

Obedece y no te metas
en más.

ISIDORA

Bien.

Vase.

DON JUSTO, *a Clorinda*

Lo que has perdido
que reconquistes es fuerza.

CLORINDA

¿Y si me quitáis las armas,
cómo pretendéis que venza?

DON JUSTO

¿Te privo acaso de alguna?

CLORINDA

De la más fuerte: ser tierna.

DON JUSTO

Los desdenes con los hombres
pueden más que las finezas.

CLORINDA

¿Despreciando se es amada?...

DON JUSTO

Más cuanto más se desprecia.

CLORINDA

¿Entonces el amar mucho?...

DON JUSTO

Del amado nos aleja.

CLORINDA

¡Jesús! Decís, señor tío,
unas cosas que me aterran.

DON JUSTO

Yo soy viejo y tú eres moza:
guíate por mi experiencia.

CLORINDA

¡Vaya si es tenaz el viejo!

DON JUSTO

¡Vaya si la moza es terca!

Vase Don Justo.

ESCENA X

CLORINDA.—LISARDO

Apenas se va Don Justo, aparece Lisardo, que se detiene en la puerta, sorprendido de encontrar a Clorinda.

LISARDO

Perdón. Yo ignoraba...
¿Don Justo Escalante?...

CLORINDA

Ya han ido en su busca:
pasad adelante.
Venir debe al punto.

LISARDO, *entrando*

La espera ¿qué importa,
si en tal compañía
será siempre corta?

CLORINDA

¡Jesús! Me parece
fineza extremada...

Aparte.

(Va a serme difícil
mostrarme enojada.)

LISARDO, *con galantería*

No es más que tributo
rendido a una hermosa
que ser parecía
conmigo piadosa.

CLORINDA, *fingiendo sorpresa*

¿Con vos?...

LISARDO, *señalándola*

A esa reja
nació mi esperanza.

CLORINDA, *en tono grave, que contrasta con su ligereza habitual*

¿Pudisteis en serio
tomar una chanza?

LISARDO, *un poco desconcertado*

¿Fué chanza?...

CLORINDA

¿Podría,
no estando demente,
las cosas que os dije
decir formalmente?

LISARDO

¿De modo que aquello?...

CLORINDA

¡Por Dios que es jocoso!

Riéndose.

¡Rabiar yo de ganas
de hallar un esposo!...
Pensad que es a un tiempo
pecado y simpleza
faltar al recato
con tal ligereza.
A fe que sería
sistema bien nuevo
«yo quiero casarme»
decir a un mancebo...
Y en mí más que en nadie,
porque es bien sabido
que no quise nunca
ni hablar de marido;
que sólo el que es libre
de paz goza entera;
que tengo resuelto
morirme soltera;
que amor no me llama
con vanos conjuros;
que todos los hombres
son malos y duros,
y, en fin, que...

Volviéndose y acabando la frase, para sí.

(mi tío,
si oyó de pasada,

no puede decirme
que soy malmandada.)

LISARDO, *que la habrá oído con satisfación*

La red de una burla
prendióme por necio:
perdono el engaño
y os vuelvo el aprecio.
Causábale al alma
tortura secreta
que tal hermosura
no fuese discreta;
mas ya que la burla
deshízose al cabo,
proclamo de nuevo
que soy vuestro esclavo.

CLORINDA

¿Mi esclavo?

Reprimiendo la alegría, con disgusto, aparte.

(Ahora viene
lo que es más molesto...
¡Pensar que rechazo
galán tan apuesto!...)

LISARDO

Mi culpa pasada
ya está redimida:
negarme no es justo
la dicha ofrecida.

CLORINDA

¿Os dije yo, acaso?...

LISARDO

De bien claro modo.

CLORINDA

De nuevo os repito
que fué chanza todo.

LISARDO

Que estabais con ansia
de hallar un marido,
mas no que yo fuera
por vos malquerido.

CLORINDA

Debéis estar loco.
¡Jesús, qué quimeras!
¿Que yo os aceptaba
pensasteis de veras?

LISARDO

Lo pienso ahora mismo.

CLORINDA, *fingiendo indignación*

¡Qué audacia, Dios santo!...

Cambiando de tono, aparte.

(¡Fingirle desdenes
gustándome tanto!...)

LISARDO

¿No halláis en mí nada?...

CLORINDA

Ni poco ni mucho.
Os hallo muy soso,
sin gracia, flacucho...
Os falta soltura
y un porte lucido,
y en cambio, parece
que sois presumido...
Pecáis de orgulloso,
de seco, de huraño...

Aparte, mirándole de reojo.

(No sé como el pobre
no ve que le engaño.)

LISARDO, *enardeciéndose con el desdén de Clorinda*

Pues pese a ese juicio
tan poco halagüeño,
seréis entre todas
por siempre mi dueño.
No son rencorosos
los buenos amantes;
decid cuanto os plazca:
yo os amo más que antes.

CLORINDA

¿Y a qué, si es inútil?

Aparte de nuevo, extrañada del efecto que produce en Lisardo lo que le dice.

(¿Dirá bien mi tío
que el triunfo en amores
lo alcanza el desvío?)

LISARDO

De grado o por fuerza
—no es vana arrogancia—
al fin tendrá premio
mi firme constancia.
Desdeña desdenes
quien ama sin tino.

CLORINDA, *aparte, con malicia*

(¡Ah! ¿Sí? Pues espera:
ya sé el buen camino.)

LISARDO

Mi amor os ofrezco.

CLORINDA

Y yo lo rechazo.

LISARDO

Pensadlo siquiera;
tomad algún plazo.

CLORINDA

Lo mismo que ahora
mañana os diría:
jamás he sentido
por vos simpatía:
me causa molestia
teneros al lado...
En una palabra,
no sois de mi agrado.

LISARDO

Todo eso, Clorinda,
no es más que venganza.

CLORINDA

¿De qué?

LISARDO

De que en serio
tomase la chanza.
Fué grande la culpa
y acepto el castigo,
mas no seréis siempre
tan dura conmigo.

CLORINDA

¡Oh! Sí.

LISARDO, *cada vez más rendido*

Pues bien, sedlo:
yo el fruto recojo,
que estáis aún más bella
mostrándome enojo.
Seguid enojada;
poned ceño adusto.

CLORINDA, *muy contenta, aparte*

(¡Bien haya la idea
que tuvo don Justo!)

LISARDO

Vuestra ira me arroba;
me tiene sujeto.

CLORINDA

(Pues tú me lo dices,
verás como aprieto.)

LISARDO

Hablemos con calma.
Yo estoy resignado,
mas... vamos, decidme:
¿seré perdonado?

CLORINDA

Por Dios que me enoja
tan larga reyerta:
ya os dije que en balde
llamáis a mi puerta,
que en vos no hallé nunca
ni sombra de encanto,
que no han de vencerme
la queja ni el llanto,
y en fín, que del triunfo
no os doy el trofeo;
que no sois mi tipo,
que os hallo... hasta feo.

LISARDO

Portillos no faltan
al muro más alto.
¿Cerráisme la puerta?
¡Pues voy al asalto!

Desde aquí al final de la escena las réplicas deben darse con mucha viveza.

CLORINDA

¿Queréis por ventura?...

LISARDO

Entrar quiero al fuerte.

CLORINDA

¿Pero esto es un duelo?

LISARDO

Un duelo y a muerte.

CLORINDA

Del «no» que os he dado
no habrá quien me saque.

LISARDO

Veremos si el muro
resiste al ataque.
Adiós.

Hace ademán de irse.

CLORINDA

¿De un encargo
no sois mensajero?

LISARDO

Que espere don Justo:
mi amor es primero.

CLORINDA

¿Perdisteis el juicio?

LISARDO

¿La lucha os aterra?
¡En guardia!...

CLORINDA, *deteniéndole*

Escuchadme...
¡Oid!...

LISARDO, *saliendo precipitadamente*

¡Nada!... ¡Guerra!

CLORINDA

Dejad que os descubra...

Corre tras él, pero se detiene de pronto, arrepentida, diciendo:

El diablo me inspira...
¿Pues no iba a decirle
que todo es mentira?

Vase Lisardo.

ESCENA XI

CLORINDA.—DON JUSTO

CLORINDA

¿Qué le ha dado de repente?
¿Adónde va de ese modo?...

DON JUSTO, *que habrá entrado apenas se marchó Lisardo*

Así te quiero: obediente.

CLORINDA

¿Habéis escuchado?

DON JUSTO

Todo,
y has triunfado plenamente.

CLORINDA

Cumplí la orden recibida
el desdén fingiendo bien.

DON JUSTO

¿Bien? Eso no, por mi vida,
que ha sido mucho desdén:
nunca encuentras la medida.

CLORINDA

¿Me excedí?

DON JUSTO

De tal manera
que le echaste un chaparrón;
tanto preciso no era.

CLORINDA

No sé acertar: yo quisiera
que vos me dieseis lección.

DON JUSTO

Eso fuera muy complejo.

CLORINDA

¿Cómo, a quien nos dice flores,
contestar? Dadme un consejo.

DON JUSTO

¿Tu estás loca?... Ya soy viejo
para dar lección de amores.

CLORINDA

Por lo mismo: vuestra edad
debe haberos enseñado...

DON JUSTO

De eso poco, en realidad.

CLORINDA, *con sorpresa*

¿Cómo? ¿Vos no habéis amado?

DON JUSTO

¿Amar? Nunca.

CLORINDA, *vivamente*

¡No es verdad!

DON JUSTO

¿Eh? ¿Qué?...

CLORINDA

¿Quien, cual vos, sería

un galán que diera gozo,
no amar?... Nadie os creería.

Mirándole de arriba abajo.

Debisteis ser un buen mozo...
¡Vaya!... Lo sois todavía...

DON JUSTO, *entre disgustado y satisfecho*

¡Rapaza!...

CLORINDA, *rápidamente*

¿Con lo que os digo
falto también al recato?

DON JUSTO

Soy de chanzas enemigo.

CLORINDA, *acercándose a él, con mimo*

Vamos, sed bueno conmigo
y habladme de amor un rato.

DON JUSTO

¿Qué dices?...

Asombrado.

CLORINDA

No os resistáis.

DON JUSTO

¡Para tu audacia no hay fueros!

CLORINDA

Vuestra pasión me pintáis;
yo os escucho, y me dictáis
lo que haya de responderos.
Pues necesito aprender,
vos me debéis enseñar.

DON JUSTO

¿Pero has llegado a creer
que puede enseñarse a amar
como se enseña a barrer?

CLORINDA, *insistiendo, sin darse por vencida*

Vos seréis el profesor;
yo el discípulo; esta el aula.
Empezad...

DON JUSTO, *empezando a ablandarse y dulcificarse, a su pesar*

¿Sigue el humor?

CLORINDA

Señor Amadís de Gaula,
declaradme vuestro amor.

DON JUSTO

Para que amor tome bríos
fuerza es que en vivos destellos
encienda sus desvaríos
la luz de unos ojos bellos...

CLORINDA, *mirándole, con cierta coquetería*

¿No os lo parecen los míos?

DON JUSTO, *cada vez menos áspero*

Otros más dulces no vi...;
mas los ojos no son nada
sin mirar con frenesí.

CLORINDA, *volviendo a mirarle, con más fijeza*

¿Cómo ha de ser la mirada?
¿Está en carácter así?

DON JUSTO, *muy blando, sonriéndose*

Sí que echa lumbre ¡pardiez!...
Pero yo tengo cincuenta
y a mis años es chochez...

CLORINDA

Mirad; os perdono diez.
No tenéis más que cuarenta.

DON JUSTO

¡Gentil regalo me das!

CLORINDA

Con cuarenta es buen amante
cualquiera.

DON JUSTO

Ya no, quizás.

CLORINDA

Pues os quito quince más.
Son veinticinco... ¡Adelante!
Que los tenéis suponed.

DON JUSTO

¡Ja! ¡ja! ¿Que te tienda quieres,
de amores espesa red?

CLORINDA

¿Qué me diría usarced?

DON JUSTO, *de pronto, como arrepintiéndose de todo lo que ha dicho*

Nada... ¡Yo odio a las mujeres!

CLORINDA, *sin retroceder*

Pero si tal aversión
no existiese... ¿qué diría?

DON JUSTO, *dejándose arrastrar de nuevo poco a poco*

Siendo cierta la pasión,
no hablara yo: dejaría
que te hablase el corazón.

CLORINDA

¿En qué idioma?

DON JUSTO, *animándose*

En el que emplea
quien, al decir lo que siente,

no encuentra frase ni idea,
y mientras más balbucea
resulta más elocuente...
Idioma, todo color,
que con ser tan rico y vario
en dulzura y en vigor,
no tiene en su diccionario
más que una palabra: amor...
Ella le basta a expresar
cuanto la ventura labra;
es nombre, es verbo, es lugar...
y a veces ni esa palabra
es preciso pronunciar,
porque cuando el alma loca
de lanzarlo siente antojos,
el «te amo» que nos sofoca,
por no mancharse en la boca,
suele salir por los ojos.

CLORINDA, *que habrá oído a Don Justo con interés*

Dadme la lección entera,
que va a las mil maravillas.
Seguid, seguid... ¡Quién creyera!...

DON JUSTO

No; basta ya de quimera.
Me sacas de mis casillas.

CLORINDA

Decidme qué debo hacer
si algún galán me habla así.

DON JUSTO

Callarte y no responder.

CLORINDA

¿No debo decirle: «Sí,
quiero ser vuestra mujer?»

DON JUSTO

Siempre vas a lo vulgar:
casarte...

CLORINDA

Si a ello me exhorta,
¿no me debo aprovechar?...

DON JUSTO

Casarse no es lo que importa,
lo imprescindible es amar.

CLORINDA

¿Echa un borrón en su fama
quien busca dueño y señor?

DON JUSTO

Sí, cuando amor no reclama.

CLORINDA

Pero amándole...

DON JUSTO

No ama
quien pide premio a su amor.
Amar es dar, no pedir;
es entregar nuestro ser;
merecer, no conseguir,
ennobleciendo el sufrir
al gozar en padecer.
Es decir a quien procura
ligarnos con sus cadenas:
mi amor tu dicha asegura;
vengo a darte la ventura
cambiándola por tus penas.
No quiere compensación
mi amoroso desvarío,
ni persigue más que un don,
¡sólo uno!... tu corazón,
para fundirlo en el mío.
¿A qué mayor embeleso,
ni más goce, ni más palmas,
si a mí me basta con eso?...
Que se busquen nuestras almas,
que se encuentren en un beso,
y luego venga dolor,
venga desventura fuerte,
venga infortunio traidor,
venga muerte... ¡Ni la muerte
puede triunfar del amor!...

CLORINDA, *conmovida profundamente*

Llegar sabe vuestro acento
al corazón, no al oído...

Ay, tío, no sé qué siento...
Es algo desconocido;
algo que es gozo y tormento...

DON JUSTO

El amor te describí
y ves las dichas que ofrece.

CLORINDA

Será dulce amar así.

DON JUSTO

¿Te parece?...

CLORINDA

Me parece
que todo cambia ante mí:
que surgen a mi mirada
un sol vivo, esplendoroso,
y una existencia ignorada...
¡como la visión soñada
de un mundo nuevo y hermoso!...
¡Placeres embriagadores
sin sufrimientos ni cruz...
y trinos de ruiseñores
en un campo todo flores,
bajo un cielo todo luz!...
Que siento ese malestar
que acabáis de describir,
ese impulso singular
que es anhelo de sufrir
porque es ansia de gozar...

Que yo también—lo confieso—
le pido ya a la Fortuna
el inefable embeleso
de hacer de dos almas una
en la eternidad de un beso...

Ruborizándose de lo que ha dicho.

¡Ay, qué vergüenza!... Perdón.
Lo que dije no he pensado...
No ha sido con intención...
Es... que vos me la habéis dado
y... aproveché la lección.

DON JUSTO, *sonriéndose*

Es que amor, con voz vibrante,
llama a tu pecho sencillo:
ya sólo falta el amante.

CLORINDA, *con ternura y malicia*

Tío, de hoy en adelante
no os llamaré corderillo.
Tigre fuisteis para mí.

DON JUSTO

¿Piensas que el nombre rechazo?
Seré tigre.

CLORINDA

Tigre, sí:
lo conozco en el zarpazo
que me habéis clavado aquí.

ESCENA XII

DICHOS.—DON TRISTÁN

DON TRISTÁN, *entrando precipitadamente y dando muestras de gran alegría*

¡Oh!... ¡Don Justo!... Perdonad
que atropelle vuestra casa;
vengo a buscaros...

DON JUSTO

¿Qué os pasa?

DON TRISTÁN, *terminando la frase*

loco de felicidad.
Lisardo a seguir se inclina
mi consejo cariñoso.

DON JUSTO

¿Qué decís?

DON TRISTÁN

Que como esposo
se ofrece a vuestra sobrina.
Por su encargo, formalmente
la pido. ¿Me la otorgáis?

DON JUSTO

Os juro que realizáis
mi deseo más ardiente.

Por mí, de su padre en nombre,
os concedo a la doncella.

DON TRISTÁN

Gracias.

DON JUSTO

Aún no. Pues es ella
quien va a unir su vida a un hombre,
a ella toca contestar
libremente y a su gusto.

DON TRISTÁN

Interroguémosla: es justo.

Acercándose a ella.

¿Iréis con mi hijo al altar?

CLORINDA, *en tono grave*

Aunque honra al par y ventura
vuestra petición me brinda,
no puedo aceptar.

Movimiento de contrariedad y de asombro en Don Tristán y Don Justo.

DON JUSTO

¡Clorinda!

DON TRISTÁN

¿Qué estáis diciendo?

DON JUSTO

¡Criatura!
¿Hase visto cosa igual?

A Don Tristán, como disculpándola.

La timidez es tal vez
quien hizo...

CLORINDA, *con energía*

No es timidez;
es resolución formal.

DON TRISTÁN

¿Os negáis a ser esposa
de Lisardo?... ¿Quién creería?...

DON JUSTO, *a Don Tristán, muy disgustado*

Hace un momento decía...

CLORINDA, *cada vez con más decisión*

Pues ahora digo otra cosa.

DON JUSTO

Piensa que al dar este paso
cometes un desvarío.

Volviéndose a Don Tristán.

Al fin cederá.

CLORINDA, *resueltamente*

No, tío:
no me caso... ¡no me caso!...

Fin del acto segundo

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El paseo del Arenal, como en el primer acto. El mismo cuadro de animación y movimiento de figuras, aunque menos acentuado que en aquél, para que no distraiga con exceso de la acción.

ESCENA I

BELISARIO.—FLORIDOR

Ambos pasean, hablando, al levantarse el telón.

BELISARIO

A mí su actitud resuelta
me estimulaba a insistir.

FLORIDOR

Pues de fijo no te daba
más esperanzas que a mí.

BELISARIO

No digas eso: una tarde
hasta llegué a conseguir
entrar en su casa... Creo
que lanzarse a tal desliz...

FLORIDOR

Yo hablé con ella en la reja,
no una tarde, sino mil.

BELISARIO

Pero a ti no te diría...

FLORIDOR

Me llamaba su Amadís,
y hasta me calificaba
de gallardo y de gentil.

BELISARIO

Era dada a los requiebros,
porque yo también la oí
—casi me ruborizaba—
compararme con el Cid.

FLORIDOR, *irónicamente*

Era una perla.

BELISARIO, *lo mismo*

Una perla...
que estaba medio cerril.
Coqueta a la vez y zafia.

FLORIDOR

Pero muy linda.

BELISARIO

Eso sí;
no he de negar por despecho
que hubiera sido feliz
poseyendo tal tesoro.

FLORIDOR

Y el otro.

Con malicia.

BELISARIO

¿Cuál?

FLORIDOR

El de... allí;
el de las Indias; la mina.

BELISARIO

Claro está que era añadir
otro atractivo...

FLORIDOR

Que acaso
fuera el mayor para ti.

BELISARIO, *picado*

¿Y para ti, no?

FLORIDOR

Lo mismo:
—¿a qué vamos a mentir?—
pero, mira, fué fortuna
que tuvieran igual fin
nuestras ilusiones. Si ella
llegado hubiese a elegir
a uno de los dos, el otro
(los hombres somos así)
hubiera acabado odiando
al vencedor en la lid.
Vale más que ambos sigamos
amigos como hasta aquí.

BELISARIO

Bien dices: de regañarnos
hemos estado en un tris.

FLORIDOR

Pues sobran las Dulcineas,
no debemos coincidir
los dos en una, juguetes
de la astucia femenil.

BELISARIO, *con sarcasmo*

¿Y de quién?... De una Clorinda,
de un cándido serafín
que finezas de dos hombres
no dudaba en admitir.

FLORIDOR

¿Sólo de dos?... Di doscientos:
no da un rosal en abril
más rosas que daba amantes
la reja de nuestra hurí.

BELISARIO

A todos nos prometía,
para luego no cumplir
a ninguno.

FLORIDOR, *mirando hacia el interior*

Mira, mira;
ahí va la más infeliz
de sus víctimas.

BELISARIO, *mirando también*

¿Lisardo?

FLORIDOR

Ese hasta llegó a pedir
su mano.

BELISARIO

¿Es posible?

FLORIDOR

A él mismo
contar el caso le oí.

BELISARIO

Vamos a su encuentro.

FLORIDOR, *deteniéndole*

¿Ahora
le quieres interrumpir?
Va con su padre.

BELISARIO

Pues luego
le buscaré por ahí.

FLORIDOR

Mejor será.

BELISARIO

Su derrota
me tiene que referir:
quiero con él comentarla,
pues con él la compartí.

Siguen paseando y se van, al mismo tiempo que entran Don Tristán y Lisardo, que vienen igualmente hablando entre sí.

ESCENA II

LISARDO.—DON TRISTÁN

DON TRISTÁN

Figúrate si me haría
efecto duro y cruël

su negativa; mas luego,
cuando recapacité,
comprendí que no era justo
calificarla de infiel.

LISARDO

Vos sois muy crédulo, padre.

DON TRISTÁN

Yo soy como debo ser.
Si ella hubiera preferido
a un mancebo de tu prez
otro cualquiera, comprendo
que no hubiese estado bien,
pero ante el rival que tienes
no te humillas al ceder...
Es a Dios, es a Dios mismo
a quien busca por sostén;
a Dios quiere por esposo,
y siendo así, ¿qué has de hacer?

LISARDO

Yo no creo en esa historia
del convento.

DON TRISTÁN

¿No? ¿Por qué?

LISARDO

Porque será un nuevo engaño:
ya conozco a esa mujer
y en ella todo es mentira.

DON TRISTÁN

Vamos, indulgencia ten;
no la calumnies; don Justo
es el primero en querer
convencerla de que olvide
del claustro la rigidez
y te dé su mano; es ella
quien con piadoso desdén
la rechaza, enardecida
por la llama de su fe.

LISARDO, *con ironía*

¿Se hizo mística de pronto?
¡Ay, padre, qué candidez!...

DON TRISTÁN

La prefiero a tu malicia.

LISARDO

¿Cómo vais a suponer
que doncella que consiente
la cortejen a la vez
diez galanes, de improviso
sienta en su pecho nacer
esa llama?

DON TRISTÁN

Se confunden
la inocencia y la doblez
a veces.

LISARDO

Para inocencia
la vuestra: yo os probaré...

DON TRISTÁN

No agravies a la que puede
ser tu esposa.

LISARDO

¿Mi mujer
Clorinda?

DON TRISTÁN

Don Justo insiste
en que aun te otorgue el laurel.

LISARDO

Si él insiste, yo desisto,
y para siempre ¡pardiez!
Duda no puede quedaros
de que os quise complacer,
aceptando el dar mi nombre
a la que elegida fué
por vos: no soy el culpable
si a tan leal proceder
correspondió sin nobleza
la que por noble busqué.
Mas, pues ella ha convertido
en desengaño el placer,

en desaire el rendimiento
y la dulcedumbre en hiel,
no volváis a hablarme de ella
porque no os he de atender.
Ni de ella, ni de ninguna...
que después de lo que sé
con la lección que me ha dado,
para mí decir mujer
es decir coquetería,
ingratitud, mala fe,
descoco, torpeza, infamia,
perjurio y desfachatez.

DON TRISTÁN

El despecho por los labios
se te escapa sin querer.
No pensemos más en ello
y a tranquilizarte ve
con tus amigos.

LISARDO

¿Que os deje
queréis, padre?

DON TRISTÁN

Por tu bien.
Tú encontrarás gente moza
y yo acaso encontraré
a don Justo...

LISARDO

No insistáis.

DON TRISTÁN

Deja, deja a la vejez
velar por la inexperiencia
cumpliendo con su deber.

LISARDO

Es que...

DON TRISTÁN

No hablemos ahora,
que ya hablaremos después.

Vase Don Tristán. Lisardo, al quedarse solo, se dispone a irse por el lado opuesto, cuando le llaman Belisario y Floridor, que habrán aparecido momentos antes.

ESCENA III

LISARDO.—BELISARIO.—FLORIDOR

LISARDO, *después de desaparecer Don Tristán*

Ni ahora, ni luego, ni nunca,
a tal boda me avendré.

FLORIDOR, *llamándole, desde lejos*

¡Eh! ¡Lisardo!...

LISARDO, *volviéndose*

¿Quién me llama?
¡Floridor!

A Belisario.

¿Y tú también?

Los tres se juntan y se dan las manos.

FLORIDOR

De ti estábamos hablando.

LISARDO

¿A propósito de qué?

FLORIDOR

De la desgracia amorosa
que nos persigue a los tres.

LISARDO

¿Cómo?... ¿También Belisario?...

BELISARIO

También me cogió en su red
esa coqueta que a todos
nos ha burlado a la vez.

LISARDO

¡Vive Dios que la aventura!...

BELISARIO

De las que deshonran es.

LISARDO

Yo estoy corrido.

BELISARIO

Yo tengo
de tomar venganza sed.

LISARDO

La venganza con las hembras
no cabe.

BELISARIO

Pues buscaré
en quien descargarla... ¡en ese
Don Justo, que ahogue Luzbel!

FLORIDOR

Es un viejo.

BELISARIO

Viejo o joven,
a él toca defender
a esa moza descocada,
puesto que vive con él.

FLORIDOR, *mirando hacia dentro*

Ahí viene, precisamente.

LISARDO

Con ella.

BELISARIO

¡Al fin encontré
buena ocasión!

LISARDO

No te excedas:
con las damas ser cortés
es ley.

BELISARIO

También lo es en ellas
no dar a venganzas pie.

Entran Don Justo y Clorinda, que vienen paseando. Los tres amigos se retiran al fondo, para volver a primer término cuando lo indica el diálogo.

ESCENA IV

DICHOS.—CLORINDA Y DON JUSTO

DON JUSTO

Déjate de porfías:
hay que tomar el sol todos los días,

CLORINDA, *en tono lacrimoso, que contrasta con su alegría anterior*

Más cristiano recreo
busca mi corazón que el del paseo.
Yo prefiero al bullicio
la mortificación y el sacrificio.

DON JUSTO

Todo es en ti extremoso:
ayer rabiabas por hallar esposo,
hoy cambiaste de intento,
y ya no piensas más que en el convento.
Nunca el medio te agrada:
o César o cesar; o todo o nada.

CLORINDA

Ya en mis ojos no hay venda,
que hallé por fin la suspirada senda,
la que busca mi anhelo
y en la que han de encontrar perdón del cielo
mis viejos extravíos.

DON JUSTO, *con aspereza*

¡Basta ya de melindres y monjíos!
Tu piedad me sofoca.

CLORINDA, *con mojigatería*

¿Pero podéis dudar que estuve loca?
Con descocado antojo

corrí en pos de los hombres—¡qué sonrojo!,—
fuí torpe, casquivana,
deshonesta, procaz, necia y liviana.
Volved la vista al ciego:
llevadme hoy mismo al claustro, yo os lo ruego.

DON JUSTO, *más dulcemente*

Te haces poca justicia:
si has pecado, pecaste sin malicia,
y Dios ve tu inocencia.

CLORINDA

No; Dios me pide ayuno y penitencia:
eso es lo que ser debe...
¡Llevadme pronto!

DON JUSTO, *enojado de nuevo*

¡El diablo que te lleve!

CLORINDA

¡Jesús!

DON JUSTO

¿Te has figurado
que a ser monja a Sevilla te han mandado?
A casarte has venido,
¡y vive Dios que te daré marido!
En mi empeño no cedo.

CLORINDA, *horrorizada*

Ay, no, tío... ¡los hombres me dan miedo!

DON JUSTO

Por eso no te alteres:
también a mí me asustan las mujeres,
y a mi lado te tengo
y hasta a servirte de mentor me avengo.

CLORINDA

Pero...

DON JUSTO

¡A buscar amante!...
Apóyate en mi brazo y adelante.

Clorinda da el brazo a Don Justo y ambos se disponen a continuar su paseo. Belisario, Lisardo y Floridor se interponen al paso, como si hablaran entre sí, pero hablando muy alto para ser oídos por ellos. Don Justo procura ocultar la desagradable impresión que le produce verles. Clorinda no oculta su temor, que va en aumento al comprender la intención de Belisario.

BELISARIO, *a Floridor*

Aclárame el misterio:
¿quién trocó el Arenal en monasterio?

FLORIDOR

¿Cómo?

BELISARIO, *mirando a Clorinda*

De sus delicias
parece que hoy disfrutan las novicias.

CLORINDA, *aterrada, aparte*

(¿Qué dice?...)

BELISARIO, *a Floridor, siempre en voz muy alta*

No te asombres;
hay quien engaña a Dios como a los hombres.

CLORINDA

(¡Qué horror!)

DON JUSTO, *para sí*

(Busca reyerta.)

CLORINDA, *bajo a Don Justo, asustadísima*

(Vámonos pronto, tío... ¡Yo estoy muerta!)

BELISARIO, *siempre a Floridor, pero mirando a Clorinda*

Si han de olvidar sus cuitas,
justo es que se distraigan las monjitas.

Para estas distracciones
nunca faltan galanes... cincuentones.

DON JUSTO, *reprimiendo la ira, con dignidad y sin mirarle apenas*

Como—y a fe que es mengua—
nunca falta un audaz, suelto de lengua,
que ultraja por capricho.

BELISARIO, *dirigiéndose a él, con altanería*

¿Me queréis explicar lo que habéis dicho?

DON JUSTO

La explicación infama
cuando se da delante de una dama;
mas juro por mi vida
que, si esperáis, os la daré cumplida.

BELISARIO

Pide el honor tributo.

DON JUSTO

Mi casa está aquí, al lado.—Es un minuto.

Vase, llevándose a Clorinda.

ESCENA V

BELISARIO.—LISARDO.—FLORIDOR

BELISARIO

Esto era necesario.

LISARDO

Te has excedido un poco, Belisario.

BELISARIO

Fué muy dura la chanza
y es un placer de dioses la venganza.

FLORIDOR

Pero don Justo, el pobre...

BELISARIO

Si su deudor me juzga, que se cobre.
Aún no le falta brío...

FLORIDOR

¡Bah! ¡Bah! No llegará la sangre al río.

LISARDO

Mediando explicaciones.

BELISARIO

Que escoja entre estocadas o razones.
Le daré lo que pida.

LISARDO

¿Tanto te duele la amorosa herida?

BELISARIO, *fingiendo indiferencia*

Ya de ella ni me acuerdo...
¡Por Dios que vale poco lo que pierdo!
Odio a esa...

LISARDO

Ten cuidado,
que el odio y el amor viven al lado.
Quien en probar se esfuerza
que no existe poder que el suyo tuerza,
aunque no lo confiese,
sólo prueba su amor, mal que le pese.

BELISARIO

¿Tú piensas?...

LISARDO

Yo proclamo
que es igual decir «odio» y decir «amo.»

FLORIDOR, *viendo volver a Don Justo*

Ya vuelve.

LISARDO, *a Belisario*

Un buen consejo:
no olvides que eres joven y él es viejo.

Belisario se adelanta a Don Justo. Lisardo y Floridor se quedan a corta distancia.

ESCENA VI

DICHOS.—DON JUSTO

DON JUSTO, *con dignidad, pero al mismo tiempo con cierta ironía desdeñosa, en cuyo tono hablará durante toda la escena.*

Guárdeos Dios. No hice esperar,
cumpliendo lo que ofrecí,
al hidalgo... Os llamo así
porque algún nombre he de usar,
pero confieso a fe mía
—y en la verdad no hay ultraje—
que fuera de vuestro traje
no he visto vuestra hidalguía.

BELISARIO, *con ira*

¿A mí tal insulto osáis?
Decid pronto: ¿qué queréis?

DON JUSTO, *con calma*

Antes de que preguntéis
será bien que respondáis.

BELISARIO

¿Que yo responda?...

DON JUSTO

Lo espero.

BELISARIO

¡Interrogarme!... ¿Estáis loco?

DON JUSTO, *sin perder nunca la serenidad*

¿Visteis por aquí hace poco,
del brazo de un caballero,
pasar a cierta doncella?...

BELISARIO

Nunca negué la verdad.

DON JUSTO

¿Y recordáis—perdonad
que insista—si al pasar ella
alguien la pudo ofender?

BELISARIO

Sois curioso con exceso.

DON JUSTO

Me han referido el suceso
y no lo puedo creer.

BELISARIO

Suponed que cierto fuera.
¿Qué haríais en ese trance?

DON JUSTO

De suponer cierto el lance
tal vez un consejo os diera.

BELISARIO

¿Cuál?

DON JUSTO

Decir a quien proclama
con tal acción su valía
—pues no hay mayor villanía
que hacer agravio a una dama—
que, si su honor tiene en algo,
no oculte con tanto afán
un corazón de rufián
bajo el jubón de un hidalgo.

BELISARIO, *cada vez más irritado*

¿Y pensáis un solo instante
que él sufriría la afrenta?...
Porque echasteis mal la cuenta.

DON JUSTO

Esperad: falta bastante.

BELISARIO

¿No contáreis demasiado
con mi paciencia?

DON JUSTO, *siempre irónico*

Lo digo
porque debéis ser amigo
de ese galán... despechado,
y así le haréis un favor.

BELISARIO

No le interesa escuchar...

DON JUSTO

Pues le debe interesar,
porque va en ello su honor.

BELISARIO

¿Eh?

DON JUSTO

Decid al insolente
que a una mujer noble y pura
ofendió—si por ventura
pensó hacerlo impunemente—
que fuera de... rondadores
que buscan minas en ella,
el agravio a una doncella
siempre encuentra vengadores.
A las hembras defender
nadie sin baldón olvida:
la sangre en que va la vida
¿quién nos la da? La mujer.
Verterla no escatimamos
los que con honra nacimos:
pues de ella la recibimos,
por ella a gusto la damos.

BELISARIO, *iracundo*

¡Basta! ¡Basta!... Mi furor
provoca vuestra demencia.

DON JUSTO, *muy tranquilo*

Un poco más de paciencia,
porque aún falta lo mejor.
A vuestro amigo añadid
que si pensó que ofendía
a quien tan sólo tenía
a un viejo por adalid,
ni supo poner los puntos
ni le dieron buen consejo,
porque a veces vale un viejo
por muchos jóvenes juntos,
cuando al llegar la ocasión
pone empeño en demostrar
que le sobran a la par
los años... y el corazón,
y se juega la partida
sin que el miedo ni le roce...
Mientras más se la conoce,
se aprecia en menos la vida.

BELISARIO, *furioso*

No he de sufrir resignado
tanta injuria ¡vive el cielo!
¿Qué es lo que queréis? ¿Un duelo?...

DON JUSTO

No vais muy descaminado.

BELISARIO

Mañana, desde la aurora,
soy vuestro de buena gana.

DON JUSTO

¿Por qué aplazar a mañana
lo que puede hacerse ahora?

BELISARIO

Cierto: se debe buscar
el sendero más sucinto
si se tiene hierro al cinto
y una ofensa que vengar.

Señalando a Floridor y Lisardo.

Yo tengo testigos: vos
buscar los vuestros podéis.

DON JUSTO

Con los que vos ya tenéis
nos bastan para los dos.
Soy adversario leal.

BELISARIO

¿El sitio?...

DON JUSTO

A vuestro albedrío.

BELISARIO

¿En Tablada, junto al río?...

DON JUSTO

Como gustéis: me es igual:
lo que anhelo es el combate.

BELISARIO

¡Pues pronto, pronto, a reñir!...

DON JUSTO, *con mucha calma*

Luego lo voy a sentir,
pero es preciso que os mate.

Vanse Don Justo y Belisario, seguidos por Lisardo y Floridor.

Fin del cuadro primero.—Mutación

CUADRO SEGUNDO

La casa de Don Justo

ESCENA I

ISIDORA.—NEGRETE

ISIDORA

¡Ay, Negrete; esto no es casa!...
Aquella paz deliciosa
que durante tantos años
reinó en ella bienhechora,
se ha convertido en disgustos,
inquietudes y zozobras.

NEGRETE

Decís muy bien: en infierno
se trocó lo que era gloria.

ISIDORA

¿Si tendrá razón el amo
cuando dice a todas horas
que de andar revuelto el mundo
la causa somos nosotras?

NEGRETE

¿Las mujeres?

ISIDORA

Las mujeres;
vamos, las que lo alborotan,
que yo no me meto en nada
gracias a Dios.

NEGRETE

¿Por qué ahora
se os ocurre decir eso?

ISIDORA

Porque esta morada es otra
desde que llegó Clorinda.
No es que defectos le ponga;
al contrario; mas por ella
fué el duelo que aún me acongoja
recordar...

NEGRETE

¡Mirad que el amo
metido en tales camorras!...

ISIDORA

Y con ese Belisario:
con un mancebo que goza
fama de bravo y de diestro...

NEGRETE

Pues con ser esa su nota,
por milagro escapó vivo
de don Justo a la tizona.

ISIDORA

Veinte días lleva en cama.

NEGRETE

La herida debió ser honda.
Y todo por nada apenas;
por una frase insidiosa
que al pasar dijo a Clorinda.

ISIDORA

Pero el amo montó en cólera
al salir a su defensa...

NEGRETE

¡Y luego dirá que odia
a las mujeres!...

ISIDORA

¿Odiarlas,
y no vive, no reposa
sólo por ver que la niña
anda afligida y llorona?

NEGRETE

Ella algo oculta, de fijo;
que ya no es aquella moza
que chanceaba con todos
desenvuelta y juguetona.

¿Qué le ha ocurrido estos días,
que en vez de alegrarse llora,
y en vez de buscar marido
sueña con ser religiosa?

ISIDORA

Eso es lo que nadie sabe,
y mirad que hago yo cosas
por indagarlo... Don Justo
me encargó que a cualquier costa
descubriera su secreto,
y aquí estoy hecha una loca...
Yo la sigo a todas partes,
yo no salgo de su alcoba,
yo la acribillo a preguntas...

NEGRETE

¿Y ella?...

ISIDORA

¡Siempre silenciosa
como una esfinge!

NEGRETE

¿Qué es eso?

ISIDORA, *después de vacilar*

Una especie de marmota
debe ser: no estoy muy cierta.

NEGRETE

¿No será cuestión de monjas?

ISIDORA

Quizás.

NEGRETE, *mirando*

¡Ah! Ved. Ella viene.

ISIDORA

Pues idos: dejadnos solas,
a ver si al fin averiguo...

NEGRETE

Dios os ayude en la obra.

Vase Negrete, al mismo tiempo que entra Clorinda.

ESCENA II

CLORINDA.—ISIDORA

CLORINDA, *desde la puerta, sin entrar*

¿Salió don Justo?

ISIDORA

Hace un rato.

CLORINDA, *entrando*

¡Ah! Bien.

ISIDORA

¿El verle os enoja?

CLORINDA

Al contrario.

ISIDORA

Parecía
que os mostrabais temerosa
de encontrarle.

CLORINDA

¡Qué locura!
Me calumniáis, Isidora.
Yo quiero siempre a mi tío,
y el mucho bien que me otorga
le agradezco.

ISIDORA

Pues él piensa,
y a fe que eso le trastorna,
que le perdéis el cariño,
que os molesta, que os estorba...

CLORINDA

¡Jesús! ¡Jesús!... Es horrible...

ISIDORA

De vos es la culpa toda.
Ya no sois, como erais antes,
siempre dulce y cariñosa
con él; le mostráis desvío;
no le habláis, o le habláis fosca...

CLORINDA

Pero eso no significa
que mi afecto le abandona;
es que... mi genio ha cambiado.

ISIDORA

¿Por qué?

CLORINDA

Lo sabéis de sobra:
porque mis culpas pasadas
con su recuerdo me acosan.

ISIDORA

¡Siempre esa idea!

CLORINDA

Es preciso
que la que fué pecadora
se arrepienta.

ISIDORA

¿Vos lo fuisteis

CLORINDA

Sí.

ISIDORA

No. De vuestras zozobras
la causa es algún secreto
que me ocultáis cuidadosa.

CLORINDA, *con viveza, agitada*

No oculto nada: os lo juro.

ISIDORA

A vuestra edad tal congoja
debe ser hija, por fuerza,
de un mal que mata a quien toca.

CLORINDA

¿Cuál es?

ISIDORA

El amor.

CLORINDA, *ruborizada*

¡Dios mío!
¡Qué horror!

ISIDORA

¿Amar es deshonra?

CLORINDA, *con fuego*

Es el mayor de los males,
es la peor de las cosas,
es la perdición... De amores
no habléis más donde yo os oiga.

ISIDORA

¡Qué escrúpulos!

CLORINDA

¡Basta, basta!

Cambiando de tono.

Vengamos a lo que importa.
¿Visteis por fin a fray Diego?

ISIDORA

En su celda, hace una hora.
Por cierto que me he traído,
sin que él viese la maniobra,
para lavárselo un poco
y zurcir las mangas rotas

Señalando a un sayal de fraile, con capucha, que habrá sobre una silla.

ese hábito, que está el pobre
pidiendo que le compongan.

CLORINDA

Bueno, pero ¿le dijisteis?...

ISIDORA

Todo: que estáis deseosa
de que os confiese, aunque el tío
no quiere, por si os exhorta
a que renunciéis al mundo.

CLORINDA

¿Y él qué contestó?

ISIDORA

Juiciosa
fué su respuesta: me dijo
que, aun cuando no hay mayor gloria
para una joven que el claustro,
no ha de acogerse a su sombra
si sabe que a su familia
da un pesar como se acoja.

CLORINDA

Fray Diego es un santo.

ISIDORA

Un santo:
en Sevilla se le adora.

CLORINDA

Cierta estoy de que las penas
que el corazón me emponzoñan
cuando en él las deposite
se harán menos dolorosas;

de que mis pasados yerros
hallarán misericordia;
de que absolverá clemente
mis culpas...

ISIDORA

¡Eh! No seáis tonta:
vos no tenéis culpa alguna;
sois una pobre paloma...

CLORINDA, *viendo a Don Justo, que aparece en la puerta*

¡Ah! Mi tío.

ISIDORA

Pues silencio,
y sed con él menos hosca.

ESCENA III

Dichos.—DON JUSTO y NEGRETE

DON JUSTO, *a Clorinda, al verla*

¡Siempre en casa!

CLORINDA

No, señor;
por complaceros salí.

DON JUSTO

¿Para ir a la iglesia?

CLORINDA

Sí.

DON JUSTO

¡Es claro!

CLORINDA

¿Dónde mejor?
¿Me queréis negar ahora?...

DON JUSTO

Sabes que nada te niego,
salvo ver a ese fray Diego
que es amigo de Isidora.

ISIDORA

Pues es un hombre ejemplar
a quien venera la gente.

DON JUSTO

Por eso, precisamente.

ISIDORA

¿Os proponéis?...

DON JUSTO

Evitar
que los místicos ardores
en que se abrasa sin tino

se encuentren en su camino
con quien los haga mayores.

CLORINDA

No es posible que arda más
la lumbre que a mi alma quema.
Dios me llama.

DON JUSTO, *con aspereza*

¡Vuelta al tema!
Ni El te llama, ni tú irás.

CLORINDA

¡Tío!...

DON JUSTO

Deja la canción,
que no has de lograr tu objeto.
¿Quieres decirme el secreto
de esa extraña vocación?
Tus religiosos afanes
¿qué ocultan o adónde van?
¿Es, tal vez, que algún galán?...

CLORINDA, *interrumpiéndole con viveza*

Por Dios, no habléis de galanes.

DON JUSTO

Quiero hablar, porque en rigor
¿qué otra causa puede haber?...

Cuando llora una mujer
es que anda cerca el amor.

CLORINDA

¿Amor decís?

Asustada.

DON JUSTO

Amor digo,
que de él nacen tus manías;
y me lo confesarías
si fueses franca conmigo,
contestando a mis preguntas
sin melindres, con nobleza...;
pero mujer y franqueza
son cosas que no van juntas.

CLORINDA

Creed...

DON JUSTO

Tu deber primero,
lo natural, lo prudente,
era hablarme claramente,
sabiendo que yo te quiero...

Arrepentido de lo que ha dicho y rectificando con rapidez.

Que te quiero, es un decir...
Fué por... no quedarme corto...

pero, en fin, que te soporto,
que pienso en tu porvenir...

CLORINDA, *tratando de convencerle*

Nunca he sido reservada
con voacé; le cuento todo
lo que me ocurre...

DON JUSTO, *con ironía*

¿De modo
que no estás enamorada?...

CLORINDA, *escandalizada, con vehemencia*

¿Yo enamorada?... ¡Qué espanto!
¡Jesús! No penséis siquiera...

DON JUSTO, *furioso*

Pues eres una embustera
y yo un necio que lo aguanto.

CLORINDA

Me apenáis...

DON JUSTO

Dad a una moza
abierta y noble acogida;
sacrificadle la vida,
que ella envenena y destroza,
invadiendo sin piedad

vuestro hogar, antes dichoso,
para quitaros reposo
y alegría y libertad;
pasad las noches en vela
a ver si se la consigue
el esposo que persigue
y el matrimonio que anhela;
buscad, en fin, su provecho,
su ventura, su interés,
para decirle después:
«Vamos, ábreme tu pecho,»
y ver que con gesto huraño
se niega a hacerlo la ingrata,
y no contesta y os trata
como se trata a un extraño...

Exaltándose por grados.

¡Mujeres!... ¡Condenación
del mundo!... ¡Hienas!... ¡Arpías!...
¡Todas sois pérfidas, frías,
ingratas, sin corazón!...
Todas pagáis con rigores
el halago dulce y blando...

Notando el efecto que a Clorinda le causa la reprimenda, y acercándose a ella y dulcificando el tono.

Pero ¿cómo?... ¿estás llorando?...
Basta... no llores... ¡no llores!
No tomes el dicho a mal
y hasta olvídalo si quieres...
Yo hablaba de las mujeres;

de todas en general.
¿Por qué diablos te incomodas,
cuando no quise agraviarte?...
A ti te toca tu parte...
¡No vas a llorar por todas!

CLORINDA, *con pena*

Me injuria así vuestro labio,
traidora me suponéis,
¿y que no llore queréis
al recibir el agravio?
¿Yo ingrata con vos y esquiva
y al halago indiferente;
yo que os amo tiernamente
y os amaré mientras viva?...
¿Yo sin correr al conjuro
de vuestra voz sobre mí?...
¿Yo sin corazón?... ¡Vos sí
que lo tenéis malo y duro!
Trabajo me ha de costar
dar al olvido mi encono...
Sí, tío, sí: no os perdono
que me hayáis hecho llorar...

De pronto, con tono más áspero.

Me voy, porque de tener
que escuchar más desafueros,
tendría que aborreceros...
y es pecado aborrecer.

Vase corriendo.

ESCENA IV

DON JUSTO.—ISIDORA.—NEGRETE

DON JUSTO

¡Vive Dios que estoy corrido
y que es un ángel la niña!...
Primero me da el disgusto
y luego se enoja encima.

NEGRETE

Tranquilizaos.

DON JUSTO

Negrete,
lo que son las hembras mira
y aprende, para que luego
no te extrañe que te exija
que como piense en casarme
me mates.

NEGRETE

¡Dios no permita
que se os ocurra la idea!

ISIDORA

Ay, señor, señor, ¿qué avispa
os ha picado hace tiempo,
que estáis que no hay quien resista
vuestro humor?

DON JUSTO

Tú, tal vez, tengas
la culpa.

ISIDORA

¿Yo? ¡No podía
fallar!... ¿Que sopla mal viento?
Pues Isidora es la víctima.

DON JUSTO

¿Por qué no has averiguado,
como te encargué hace días,
la causa de la tristeza
que observamos en Clorinda?

ISIDORA

¿Suponéis que hago otra cosa
que tratar de descubrirla?

DON JUSTO

¿Y qué sabes?

ISIDORA

¿Saber?... Nada.
Cuando una mujer se obstina
en no hablar, no hay quien le saque
cuatro palabras seguidas.

DON JUSTO

ues algo oculta en su pecho.

ISIDORA

Sin duda, y algo que evita
con empeño que se sepa,
porque... ¡hay que ver lo que cuida
de no venderse!...

DON JUSTO

Si hubieras
indagado con malicia...

ISIDORA

Lo hice así. No me han valido
ni el ruego ni la perfidia.

DON JUSTO

¿Y cómo averiguaremos?...

ISIDORA

Sólo una persona habría
a quien ella descubriese
sin temor todas sus cuitas,
y a ésa le habéis prohibido
que le hable en toda su vida...

DON JUSTO

¿Quién es?

ISIDORA

Fray Diego.

DON JUSTO

¿Fray Diego?

ISIDORA

Si confesase contrita
con él, como anhela tanto,
yo luego le pediría
que me contase las penas
que en su corazón anidan.

DON JUSTO

¿Perdiste el juicio, Isidora?
¿Fray Diego vender podría
su confesión?

ISIDORA, *asustada de lo que dijo*

Ay, es cierto...
¡Qué blasfemia!

DON JUSTO

¡Qué desdicha!
digo yo... Pensar que en vano
busco la causa maldita
de su tristeza...

ISIDORA, *de pronto*

¡Ah!... ¡Qué idea!

DON JUSTO

¿Una idea?...

ISIDORA

Decisiva.
¿Pretendéis a toda costa
saber de qué se originan
sus males?

DON JUSTO

Mi propia sangre
diera, si fuese precisa.

ISIDORA

¿Aunque tuvieseis que hacerlo
por una superchería?

DON JUSTO

Habla.

ISIDORA

Es preciso primero
que me contestéis.

DON JUSTO

Evita
preguntas y expónme pronto
esa idea.

ISIDORA

Vais a oirla.
Puesto que ella solamente

sus penas confesaría
a un hombre..., sed vos ese hombre.

DON JUSTO

¿Qué quieres decir?... Explica...

ISIDORA

Que os convirtáis en fray Diego
y que vengáis de visita.

DON JUSTO, *sin comprenderla*

¿Cómo?

ISIDORA

Hasta un hábito suyo

Señalándole.

tenéis aquí, en esa silla;
me lo traje esta mañana
para ponerle unas tiras.

DON JUSTO, *comprendiendo al fin, y vacilando*

¡Qué tentación!...

ISIDORA

Os ponéis
la capucha bien metida;
fingís la voz; este cuarto,
como la tarde declina,

tiene una luz muy escasa,
además que ella la vista
no levantará del suelo...

DON JUSTO, *decidiéndose, con energía*

Sí; la invención es magnífica...
Trae el sayal.

Isidora va a buscarlo y le ayuda a ponérselo.

ISIDORA

Al instante.

DON JUSTO

Es una comedia indigna
la que voy a hacer.

NEGRETE, *animándole*

¿Qué importa,
si vuestra inquietud disipa?

ISIDORA, *haciendo lo que dice*

Entornaré la ventana
y así estará más sombría
la sala.—Perfectamente.

Observando a Don Justo, envuelto en el hábito.

Esta es ya la verdad misma.
Sois un fraile en toda regla.
¿Queréis que la avise?

DON JUSTO

Avísala.

Vase Isidora

¡Ay, Negrete; a qué bajezas
la necesidad me obliga!...
¡Y todo por las mujeres!...
Si alguien viese esta ignominia...
¡qué vergüenza!...

NEGRETE

Consolaos
pensando en que así termina
vuestra zozobra.

DON JUSTO

Por eso
la acepto, aunque la maldiga.

NEGRETE

Callad, que llega.

DON JUSTO

Pues vete.

Aparecen en la puerta Clorinda e Isidora.

ISIDORA, *sin entrar, señalándole a Clorinda a Don Justo, con el hábito puesto*

Ahí está: Dios os lo envía.

CLORINDA

Gracias, gracias, Isidora:
os debo mi eterna dicha.

ISIDORA, *a Negrete, al irse ambos*

Vamos a escuchar la escena,
que habrá de ser divertida.

Vanse Isidora y Negrete.

ESCENA V

CLORINDA.—DON JUSTO

CLORINDA, *acercándose con timidez a Don Justo, que durante toda la escena fingirá la voz y procurará ocultar el rostro.*

Ay, padre; al miraros
de gozo me ofusco...
Ya os dijo Isidora
que ha tiempo que os busco.
¡Al fin me permite
de Dios la clemencia
que pueda contrita
lavar mi conciencia!

Quiere arrodillarse: Don Justo lo impide.

DON JUSTO

Alzad... Eso, luego
que seáis confesada...

CLORINDA, *insistiendo en su actitud*

Ay, no: de rodillas.

DON JUSTO, *obligándola a sentarse junto a él*

Sentada, sentada...
Primero es forzoso
que os oiga un momento:
después, si es preciso,
vendrá el sacramento.

Aparte, con enojo.

(Si alguno a sacarme
del paso no viene,
va a hacer esta moza
que yo me condene.)

CLORINDA, *contrita*

Sabed que me abruman
muy graves pecados...
Tal vez no merezcan
el ser perdonados.

DON JUSTO

De Dios la justicia
ser manda clemente
con todo culpable
que al fin se arrepiente.
Hablad.

CLORINDA

Ante todo
declaro y confieso

que he sido liviana,
coqueta, sin seso;
que dando al olvido
recato y cordura,
corrió tras cien hombres
mi ciega locura...
Con todos ser blanda
juzgaba oportuno...

DON JUSTO, *fingiendo escandalizarse*

¿Y amabais a todos?

CLORINDA

No amaba a ninguno.

DON JUSTO

¡Gran Dios!... ¿Sin amarles
tras ellos corría?...

CLORINDA

Ay, padre; yo entonces
de amor no sabía.

DON JUSTO

¿Y luego aprendisteis?

CLORINDA

Por triste experiencia.

DON JUSTO

¿Quién pudo enseñaros
tan pronto esa ciencia?

CLORINDA

Sabed mi secreto;
sabed, padre mío,
que yo...

Deteniéndose, con rubor.

DON JUSTO

¿Qué os detiene?

CLORINDA, *terminando la frase con trabajo*

que yo... tengo un tío.

DON JUSTO, *en tono despreciativo*

Un viejo iracundo,
de cara severa,
gruñón, fastidioso...

CLORINDA, *con mucha viveza*

Todo eso es... por fuera.
Por dentro, yo os juro
que es bien diferente;
que es noble, piadoso,
discreto, valiente...

DON JUSTO, *muy satisfecho*

¡Ah! ¿Sí?

CLORINDA, *con calor*

No hay ninguno
más dulce y más bueno:

conmigo es un padre
de amor siempre lleno...
Un padre y... un mozo
de sangre encendida,
que, al fin, por vengarme
dar quiso su vida...

DON JUSTO

Tened por seguro
que si él os oyera
—respondo del caso—
feliz se creyera...

Cambiando de tono.

Mas vengo a absolveros
de algún extravío:
dejemos a un lado
las cosas... del tío.

Marcando mucho la pregunta.

¿Dijisteis que a nadie
se dió el amor vuestro?

CLORINDA

A nadie... hasta el día
que tuve maestro.

DON JUSTO

¿Quién fué?

CLORINDA, *vacilando*

Pues... mi tío,
que al verme coqueta,

me dió, por curarme,
lección muy discreta.

DON JUSTO

¿Y vos la aprendisteis?

CLORINDA

Y a fe que en tal grado,
que ese es mi martirio
y ese es mi pecado.

DON JUSTO

Amor que es sincero
pecar no desea.

CLORINDA

Según como nace
y en quien se le emplea.

DON JUSTO

No entiendo.

CLORINDA, *enardeciéndose*

A la hermosa
lección recibida,
cambió ante mis ojos
de aspecto la vida;
sentí... cosas nuevas,
más dulces, más puras;
piedades extrañas,
inmensas ternuras...

Creí ver un cielo
de tintas más suaves;
pensé que de amores
me hablaban las aves;
que todo era canto,
que todo arrullaba...
sentí... ¡qué vergüenza!...

Con pasión.

que amaba... ¡que amaba!

DON JUSTO, *animándola*

¿Vergüenza por eso?
No es justo, hija mía.
Amor no es pecado
y es Dios quien lo envía.
Tan sólo sonroja
de amor el secreto
si de él, por desgracia,
no es digno el objeto.
Mas vos de ese crimen
no sois delincuente:
amáis a una sombra,
y no a un ser viviente...
La vuestra es ternura
sin forma ni nombre.

CLORINDA, *como si se le escapara sin querer*

Ay, no, padre mío;
es más... ¡yo amo a un hombre!

DON JUSTO

¿Amáis?...

CLORINDA

Fuera en vano
negar lo que siento;
por eso odio al mundo
y aspiro al convento.
Mi amor es culpable:
no quiero que crezca.

DON JUSTO, *cada vez con mayor interés*

¿Amáis a algún hombre
que no lo merezca?

CLORINDA

Mejor no le ha habido;
más noble no cabe.

DON JUSTO

Entonces...

CLORINDA

Por eso
mi culpa es más grave.

DON JUSTO

¿Quién es ese amado
que amar no podéis?

CLORINDA

Quien sea... ¿qué importa?

DON JUSTO

Decirlo debéis.
Con Dios el secreto
guardar no es posible.

CLORINDA, *con terror*

No hagáis que le nombre...
¡Mi falta es horrible!

DON JUSTO

Contádmelo todo.

CLORINDA

¡Si no me resuelvo!...

DON JUSTO

¿Queréis que no sepa
la culpa que absuelvo?
¿Quién es ese hombre?

CLORINDA

Pensad que es impío...

DON JUSTO

Hablad: yo os lo mando.
¿Quién es?

CLORINDA, *después de una gran lucha consigo misma*

¡Es mi tío!

DON JUSTO, *con asombro, saltando de la silla*

¡Clorinda!

CLORINDA, *dejándose arrastrar gradualmente por el amor*

Este anhelo
ni pide ni espera...
Ya sé que es delirio;
ya sé que es quimera...
Mi empeño constante
borrar es tal sueño...
pero ¡ay! es más fuerte
mi amor que mi empeño.
Si a su alma me asomo,
la encuentro tan bella
que quiere la mía
fundirse con ella...
Parece que tiene
blancuras de armiño:
por noble es de anciano;
por santa, de niño.
Su aspecto gallardo
mi vista recrea,
que aunque él muchas veces
de viejo alardea,
galanes conozco
de escasos abriles
que puestos al lado
son menos gentiles.
Sus mismos cabellos,
que van blanqueando,

cenizas parecen
de un fuego muy blando,
de un fuego bendito
que al alma me llega,
que templa y no abrasa,
que alumbra y no ciega. .
Mi vida y mi sangre
con gusto daría,
si Dios consintiera
que un día...—no un día:
de sólo un instante
la dicha reclamo—
pudiera decirle:
¡ay, tío; yo os amo!

DON JUSTO, *tirando el sayal, con alegría irreprimible*

Pues ya se lo has dicho.

CLORINDA, *huyendo de él, aterrada*

¿Eh?... ¿Qué?... ¡Dios piadoso!...

DON JUSTO

¡Clorinda! .. ¡Clorinda!...

CLORINDA

¡Esto es espantoso!
¿Me habéis engañado?

DON JUSTO

¿Mi gozo no infieres?...

CLORINDA

¿Qué he dicho?... ¡Y a un hombre
que odia a las mujeres!...

DON JUSTO

Es cierto que a todas
odiaba hasta aquí;
pero ahora las amo
a todas en ti.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS.—ISIDORA, *luego* NEGRETE

ISIDORA, *entrando, despavorida*

¡Señor! ¡Señor!...

DON JUSTO

¿Qué ha ocurrido?

ISIDORA

¡Socorro!... Vengo en un brete.

DON JUSTO

Habla.

ISIDORA

Ese pobre Negrete
debe haber enloquecido.

Dice que os vais a casar.

Con ironía

Ved que locura le dió,
y añade que lo juró
y que os tiene que matar.

NEGRETE, *entrando con un enorme mosquete en la mano*

Aquí dejará la vida,
aunque escapárseme intente.

DON JUSTO, *asustado, al ver que le apunta*

¡Detente, animal, detente!

NEGRETE, *disparando sobre él*

¡Fuego!

Terror en todos.

CLORINDA

¡Qué horror!...

ISIDORA, *riéndose*

¡Homicida!

DON JUSTO

No acertó.

NEGRETE, *muy tranquilo*

De esta manera
cumplida mi oferta miro:
juré pegaros un tiro...
pero no juré que os diera.

DON JUSTO, *a Clorinda, insinuante*

¿Piensas que tuvo razón
al tirar?

CLORINDA, *con malicia*

Si lo ha jurado...

DON JUSTO

Muy bien, Negrete: me has dado
en mitad del corazón.

Telón

FIN DE LA COMEDIA

Esta obra obtuvo un éxito brillante la noche de su estreno en Barcelona.

A continuación se insertan algunos juicios entresacados de la prensa periódica:

De *El Día Gráfico.*

«Esta comedia del señor Cavestany, que cautiva por su sencillez, tiene el sabor de aquellas otras, tan bellas, de nuestro siglo de oro, y con decir esto queda hecho su mejor elogio.

»La fábula es ingenua, correctos los endecasílabos y las silvas: el ambiente y el sabor de época perfectamente observados y descritos. Las *andanzas* de la doncellita pueblerina que, después de revolotear alrededor del fuego, quema sus alas en el amor del tío, ogro por fuera, corderillo por dentro, tienen emoción, que se adentra por la espontaneidad de sentimientos y la corrección de la forma, expertamente entrelazadas en toda la obra, en la que se observan, además, armonía, perfecta fusión de valores que se exteriorizan en discreteos y *liciones* de bien querer y de buen decir; en juegos que van de corazón a corazón, evolucionando hasta fundir afectos y borrar edades.

»Grande y merecido fué el éxito que alcanzó esta obra. Pocas ocasiones se ofrecen actualmente en el teatro de paladear manjares tan finos y exquisitos, tanto, que durante los comienzos del primer acto el público, desorientado, no se dió cuenta exacta de lo rico del joyel que el señor Cavestany le ofrecía. Pero, a medida que avanzó la representación y se sucedieron, perfectamente engarzados, donosos episodios y bellos parlamentos, creció el entusiasmo y los más reacios acabaron por estimar que, aunque la estructura de la comedia es arcaica, tiene tantos alicientes que, sin disputa, puede estimarse como uno de los aciertos mayores que ha tenido su autor.

»Es preferible mil veces inspirarse en Tirso y en Lope para darnos algo de las sutilezas y encantos de su maravilloso legado que sirva de ejemplo y sano deleite, que seguir el trillado camino de los muchos imitadores de la moderna comedia francesa vodevilesca o el no menos cómodo del nefasto *astracán* estragador del gusto y embotador de todos los sentimientos.

»LAS ANDANZAS DE CLORINDA es una producción noble, digna de convivir con las más selectas de nuestra dramática. Toda ella es una filigrana en la que el poeta alardea del dominio que tiene del teatro clásico, en el que se ha inspirado para ofrecernos esta obra, genuinamente española por su composición, por el ambiente y la índole y condición de sus personajes.

. . . . . .

»Autor e intérpretes fueron ovacionados a la terminación de todos los actos, viéndose obligados a salir al proscenio numerosas veces, especialmente al finalizar el segundo y tercero. — DIEGO MONTANER.»

De *El Diluvio:*

«Con este título, un poco arcaico, pero dentro del ambiente de la comedia, ha vuelto a la escena el aplaudido autor de *El esclavo de su culpa*.

. . . . . .

»LAS ANDANZAS DE CLORINDA es una preciosa comedia bien trazada, interesante y escrita en variedad de metros, mejores los de arte menor—hay en la obra dos escenas exquisitas—que los endecasílabos y silvas.

»No nos alcanza el tiempo para detenernos como quisiéramos en el examen de esta comedia, de muy justo ambiente de época; pero a título de simple información diremos que el público, un poco desorientado al principio por el título de la obra y el nombre del autor, no muy popular por su larga ausencia de la escena, entró en la comedia muy pronto y muy a gusto; que la oyó con gran atención, y que al final del segundo acto pidió que saliera a escena el autor, petición renovada al terminar la obra.

»Seguramente públicos sucesivos confirmarán el juicio formado por el de anoche.

. . . . . .

»Se queda uno tan tranquilo cuando alaba...—U.»

De *El Liberal:*

. . . . . .

«Desde aquel punto y hora, los versos del señor Cavestany suenan en nuestros oídos limpios y puros, sin disonancias, sin ripios, sin vulgaridades ni feas ondulaciones métricas. Triunfa la actriz y con ella triunfa el autor de la comedieta.

»Las últimas escenas del segundo acto causaron viva impresión en el público. Son ingeniosas, divertidas e interesantes. El espíritu sutil de Tirso

parecía haberse metido en el alma de Carmita, que iba matizando maravillosamente las palabras que brotaban de sus labios con acentos deliciosos. Y hablaban también sus ojos, y tenían expresión sus manos, y se desprendía de su gentil figura el aroma perfumado de una imagen de leyenda.

. . . . . .

»La comedia del señor Cavestany será muy del agrado del público aristocrático del Goya.»

De *La Gaceta de Cataluña:*

«La obra de don J. A. Cavestany, el inspiradísimo literato y poeta, que ayer estrenó en el Goya la compañía de Carmita Oliver-Cobeña, mereció un éxito como el que sólo logran los aciertos definitivos de los grandes autores.

»La falta de espacio y de tiempo no permite en esta sección de última hora dar un acabado concepto de la misma, por lo que consignamos sólo el elogio que en todos sus aspectos merece tan bella producción, joya del moderno teatro castellano, que, así por la comedia deliciosa como por su impecable y magnífica versificación y justeza y alteza de pensamientos, bien puede resistir comparación con algunas de nuestro teatro clásico.»

De *El Noticiero Universal:*

«En el favorecido teatro Goya y ante un público muy distinguido, estrenó anoche la compañía de Federico Oliver la comedia del señor Cavestany LAS ANDANZAS DE CLORINDA.

»Obtuvo la obra un excelente éxito. El señor Cavestany, poeta ante todo, ha escrito algunas escenas deliciosas en variedad de metros, a la manera de

los escritores del siglo de oro de nuestra literatura, logrando el general aplauso del auditorio.

»Fué llamado el señor Cavestany al final en los actos segundo y tercero de la comedia, junto con los intérpretes, entre los que se distingue especialmente por su labor exquisita Carmelita Oliver.»